



N° 244
1998

FIELES... HASTA DAR LA VIDA
Martirologio Lasaliano

BOLETIN DEL INSTITUTO DE LOS HERMANOS DE LAS ESCUELAS CRISTIANAS

N° 244 – 1998

Via Aurelia, 476 - C.P. 9099 (Aurelio) - 00100 Roma

Director: H. José María Valladolid

Comité de Redacción del presente número:

H. Alain Houry
H. Joseph Le Bars
H. Rodolfo Meoli
H. Ronald Gallagher

Colaboración:

H. Alonso Pareja Rivera
H. José Luis Herмосilla
H. José María Valladolid
H. Rodolfo Meoli
H. Theodore Drahmman

Ilustraciones

Portada y contraportada:

H. Javier Botrán

Dibujos interiores:

H. Roberto Roberti

Expresamos especial gratitud a los Hermanos
Valentín Vilana, Vicepostulador del Distrito de Cataluña,
Antonio López, Secretario del Distrito de Madrid,
André Rocher, Archivero de la Casa Generalicia,
y Rodolfo Meoli, Postulador General,
por el material facilitado para la elaboración de este Boletín.

**Boletín del Instituto
de los Hermanos de las Escuelas Cristianas**

N° 244 - 1998

**FIELES...
HASTA DAR LA VIDA
Martirologio Lasaliano**

**Casa Generalicia
Via Aurelia, 476
00100 - ROMA**

ÍNDICE

Presentación. <i>H. José María Valladolid, Director del Boletín FSC.</i>	3
Introducción. <i>Mártires, ¿por qué? H. Rodolfo Meoli, Postulador General</i>	5
I. Mártires de la Revolución Francesa	
1. Beato Hermano Salomón	8
La matanza en los Carmelitas, <i>Pierre Viennot</i>	9
2. Los Mártires de Rochefort	11
La persecución religiosa	12
Beato Hermano Roger, Pedro Sulpicio Cristóbal Faverge	16
Beato Hermano León, Juan Mopinot. Beato Hermano Uldarico, Juan Bautista Guillaume	17
Hermano Monitor, Maurice Martinet, <i>H. José Luis Hermosilla</i>	18
Hermano Pedro Cristóbal, Christophe Scheck -Hermano Rafael, Jacques Pataillot	19
II. Mártires de México – 1914	
La muerte de los Hermanos de Zacatecas	22
Hermano Adrien-Marie (Charles-Alphonse Astruc)	24
Hermano Adolfo Francisco (Juan Francisco Teófilo Gilles)	25
III. Mártires de España – 1934-1938	
La persecución religiosa en España entre 1936 y 1939, <i>J.M.V.</i>	28
1. Los Beatos Hermanos Mártires de Turón – 9 de octubre de 1934, <i>H. José María Valladolid</i>	31
2. Los Beatos Hermanos Mártires de Almería – Agosto y septiembre de 1936, <i>H. José María Valladolid</i>	37
3. Hermanos martirizados en Cataluña, agrupados en el proceso de Tarragona. 39 Hermanos – 1936	43
4. Hermanos martirizados en Cataluña, agrupados en el proceso de Barcelona. 44 Hermanos – 1936	65
5. Hermanos del Distrito de Cataluña martirizados en Valencia. 5 Hermanos – 1936	90
6. Beato Hermano Jaime Hilario (Manuel Barbal Cosán), 2 de enero de 1898 - 18 de enero de 1937	94
Traslación de los restos mortales de los Hermanos mártires de Cataluña a San Martín de Sasgayolas	96
Hermanos Mártires del Distrito de Cataluña agrupados por comunidades	98
7. 5 Hermanos del Distrito de Madrid martirizados en Santa Cruz de Mudela (C. Real) el 19 de agosto de 1936 ..	104
8. 5 Hermanos del Distrito de Madrid martirizados en Lorca (Murcia) el 18 de noviembre de 1936	107
9. 4 Hermanos del Distrito de Madrid martirizados en Consuegra (Toledo) el 7 y 8 de octubre de 1936	110
10. 21 Hermanos del Distrito de Madrid, agrupados en el proceso de Griñón (1º de Madrid)	113
11. 16 Hermanos del Distrito de Madrid, agrupados en el 2º proceso de Madrid	125
12. 10 Hermanos mártires no incluidos en los procesos de Beatificación	134
IV. Hermanos ejecutados en Filipinas en 1945	
16 Hermanos ejecutados en el Colegio La Salle de Manila el 12 de febrero de 1945	141
V. Otros Hermanos que dieron su vida en circunstancias diversas	
1. Tres Hermanos en Polonia, 1939 y 1943	153
2. Dos Hermanos vietnamitas, 1968	154
3. Hermano James Miller, 13 de febrero de 1982, <i>H. Theodore Drahnann</i>	156
4. Hermano Jaime Gutiérrez Álvarez, 21 de mayo de 1991, <i>H. Alonso Pareja Restrepo</i>	159
Cuadro de los Hermanos de las Escuelas Cristianas martirizados por la fe en España, 1934-1939	162

PRESENTACIÓN

En varias ocasiones, el Papa Juan Pablo II ha subrayado que no debemos dejar en el olvido a los testigos de la fe que han florecido en nuestros días.

Tenemos propensión a considerar con admiración de héroes remotos a los mártires de los primeros siglos, y sus nombres nos han llegado envueltos en la aureola que les ha dado la tradición de la Iglesia; pero al mismo tiempo, también se tiende a no valorar lo suficiente el sacrificio de aquellos que han vivido entre nosotros, a nuestro lado, y que han dado testimonio heroico de la fe.

Hace algunos meses un organismo Vaticano solicitó a las Ordenes e Institutos religiosos la lista de sus miembros que han derramado su sangre por la fe a lo largo de este siglo. Algunos de ellos tienen introducida la Causa de canonización y unos pocos ya fueron elevados a los altares. Pero son un número muy reducido comparado con la lista impresionante de cristianos, sacerdotes, religiosos y laicos, que han derramado su sangre por la fe, como quien dice, en nuestros días.

No, no fue en tiempos lejanos, sino recientemente; no en lugares lejanos, sino en nuestros pueblos y en nuestra tierra. La epopeya de aquellos que eran arrojados a las fieras, cuya sangre regó las arenas de muchos circos y coliseos..., de aquellos que eran torturados para que renegaran de su fe..., de aquellos que desafiaban la muerte porque tenían la certeza de la vida en Cristo... se ha repetido también ahora, durante la breve historia de nuestra vida, en personas que han convivido con nosotros, y simplemente porque han sido coherentes con su fe, porque han sembrado el evangelio, porque han querido vivir la consagración a Dios. Quienes los persiguieron, tanto en aquellos tiempos remotos como en estos recientes, siempre encuentran razones –políticas, sociales, económicas...– para justificar su proceder. Y el resultado es el mismo: creyentes que derraman su sangre por la causa del Reino de Dios.

El Papa deseaba tener relación de esos héroes de hoy para no dejarlos en el olvido.

Y tal vez fue esa petición del Vaticano lo que impulsó a nuestro Hno. Superior General a promover la elaboración de un catálogo completo de los miembros de nuestro Instituto que desde sus comienzos han sufrido muerte violenta por causa de su vocación, de su ministerio, de su fe...

Esta idea fue cuajando paulatinamente, y surgió la propuesta de que fuera tema de un Boletín del Instituto. Así, sencillamente, es como se gestó el presente Boletín, que desea ser homenaje lleno de afecto a los Hermanos que han sido mártires, es decir, testigos de Cristo, en la vocación de educadores cristianos.

La mayoría de los Hermanos cuya biografía, con mayor o menor extensión, recogemos, tienen introducido el proceso de Beatificación, y algunos ya han subido al honor de los altares. La Iglesia en su día reconocerá el carácter de martirio, en sentido teológico y canónico, de muchos de ellos. Pero en el presente Boletín no se ha querido hacer distinción entre aquellos que tienen iniciada la Causa y los otros, cuyo proceso, por diversas razones, no se haya promovido.

El criterio adoptado en la presentación es el cronológico. Y cuando un grupo de estos Hermanos tiene introducida la Causa en conjunto, aunque las fechas de su muerte no vayan seguidas, se ofrecen todos en el mismo grupo.

A medida que avanzábamos en la preparación de este Boletín, hemos visto necesario, para determinados grupos, poner un complemento histórico que permita entender los motivos que llevaron a estos Hermanos al martirio. Otras veces, la explicación se incluye en los datos biográficos. Esto explica la diferente extensión que se atribuye a cada sección.

En el caso de los Hnos. Mártires de España, los datos biográficos, muy condensados, se han tomado de la Documentación de las Causas de Beatificación. Para otras biografías se ha pedido la colaboración de Hermanos que convivieron con ellos.

Así, pues, no se ha querido usar un molde único para todos, y esta es la razón de la diversidad de presentación de los diversos grupos en este Boletín.

Finalmente, junto a los datos biográficos de nuestros Hermanos, se hace mención de algunas otras personas que les acompañaron en el sacrificio o que de alguna forma se relacionaron con nuestro Instituto. No se trata de ofrecer un elenco completo –¿quién podría hacerlo?–, sino sólo de ofrecer información, conscientes de que es muy limitada. Siempre quedará para el futuro la posibilidad de ir completando todos esos nombres y datos.

Pero lo más importante de este Boletín, es que puede ser un acicate para estimular al Instituto, en su conjunto, hoy, en vísperas del 43º Capítulo General, y a cada uno de los Hermanos en particular, teniendo muy presente que el Fundador sabía muy bien que la fidelidad al ministerio puede ser un auténtico martirio, día a día, como nos lo enseña en la meditación sobre san Bartolomé: *«Vosotros tenéis que soportar un martirio continuado, no menos violento para el alma que lo fue para el cuerpo el de san Bartolomé. Debéis, por decirlo así, arrancaros la propia piel, como se expresa san Pablo; despojaros del hombre viejo para revestiros del espíritu de Jesucristo, que es el hombre nuevo»* (M. 159,3).

Que el ejemplo de generosidad de todos estos Hermanos nos mueva seguir con ellos las huellas de Cristo, paso a paso y día a día, y hacer que toda nuestra vida sea eco del testimonio que ellos dieron.

**Hno. José María Valladolid,
Director del Boletín del Instituto**

INTRODUCCIÓN

MÁRTIRES, ¿POR QUÉ?

«Se alegran en el cielo los santos mártires, que han seguido las huellas de Cristo; por amor suyo han derramado la sangre y se regocijan para siempre en el Señor»

(Introito de la Misa de Santos Mártires)

Este «Martirologio Lasaliano» no es sólo una lista de nombres, sino el testimonio vivo de un Instituto que comparte la suerte de los discípulos de Cristo hasta el sacrificio supremo. «*Si me han perseguido a mí, también os perseguirán a vosotros*» (J 15,10). Su misión apostólica sin fronteras ha tenido a menudo el sello inconfundible y característico del “martirio”.

Así fue para la Iglesia de los primeros siglos, y así es todavía después de dos mil años. Así fue para todas las familias religiosas, y ha así ha sido también para la nuestra. Así fue en la tierra del Mesías Redentor, y así es hoy en todos los lugares donde el amor trata de encauzar el odio, donde la fraternidad y la donación intentan frenar el egoísmo y la violencia. Es la situación que se repite desde que Jesús advirtió a sus discípulos: «*Os envío como corderos en medio de lobos*» (Lc 10,3). Y los lobos que los devoran ni siquiera saben que, sembrando la muerte, demuestran paradójicamente cuán vigoroso y actual es el ejemplo de la entrega de Cristo en la Cruz: «*Con su sacrificio prolongan y difunden en el mundo la victoria de Cristo sobre el pecado y sobre la muerte*» (Juan Pablo II, Angelus del 24 de marzo de 1996).

Sólo así pueden explicarse las repetidas barbaries de las persecuciones religiosas. Y aun cuando quisieran limitarse sólo a razones políticas, no desaparecería el interrogante, porque esas razones no llegan a abarcar el verdadero significado del martirio, que es el fruto del mal que intenta oscurecer el bien, del odio que trata de arrebatarse su espacio al amor, como si fuera posible cerrar el camino de la Redención.

Con todo, en el sufrimiento y en la angustia de tantas vidas truncadas, hemos de tomar conciencia de que el dolor inocente es parte del misterio y de la prolongación de la Redención. El pueblo cristiano, cuando se cansa y camina lento en el camino señalado por el Maestro, encuentra en los Mártires decisión y vitalidad. La Iglesia marcada por el martirio, se estimula y comprende mejor el anuncio de la salvación.

La clave que puede interpretar el comportamiento y la actitud de firmeza de estos Mártires de nuestra familia, como puede servir también para todos los mártires en general, hay que encontrarla en su situación existencial: vivían profundamente el espíritu de la comunidad lasaliana, que les disponía a entregar la propia vida por Cristo, como hacían día a día, por otro lado, gastándola en servicio de sus alumnos.

El martirio cruento no se improvisa, sino que se prepara con el martirio cotidiano de la vida ordinaria, vivida generosamente al servicio de Dios y de los demás. Los testimonios de quienes les conocieron y sus mismos apuntes personales son prueba elocuente de esto. Su vida fue larga preparación para aceptar también el martirio cruento. Y cuando llegó el momento, fueron al suplicio, no con la resignación del condenado, sino con el gozo y la alegría de los victoriosos.

Del corazón brota un himno de gratitud al Señor al comprobar que también en el mundo secularizado y egoísta de hoy se dan testimonios plenos de generosidad y de maravillosa entrega.

Tenemos que conocer a estos auténticos «*profetas de esperanza*», como les llama Juan Pablo II, que añade: «*Su testimonio contiene una extraordinaria fuerza de vida, como el grano de trigo, que si muere en el surco de la tierra produce mucho fruto*» (Angelus del 24 de marzo de 1996). Los inocentes que pagan con sus vidas satisfacen también por nuestras deudas y merecen nuestra total gratitud. Mientras existan estos corderos que marcan los dinteles del mundo con su propia sangre, el mundo puede esperar y creer en la salvación.

Nuestro mártires, como también todas las demás categorías de santos, son una interpelación para nosotros. El anhelo de la Iglesia al declarar su martirio no es señalar una élite de privilegiados, sino dirigirnos una apremiante llamada a la santidad: «*Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto*» (Mt 5,48). La santidad es vocación de todos. Sólo queda excluido de este impulso de amor quien escoge quedarse fuera.

**Hno. Rodolfo Meoli,
Postulador General.**



**I - MÁRTIRES
DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA**



1. — BEATO HERMANO SALOMÓN LECLERQ

Cuando el 15 de agosto escribía el Hno. Salomón a una de sus hermanas: «*Suframos, pues, con alegría y acción de gracias las cruces y las aflicciones que nos envíe. Por mi parte, no soy digno de sufrir por Él, pues aún no he experimentado nada malo, mientras hay tantos confesores en dificultad*» (F. Marcel Guilhem, *Nicolas Leclercq, Martyr de la Révolution*, 210), ciertamente no suponía que aquella misma tarde le iban a detener y le conducirían al antiguo Convento de los Carmelitas, transformado en cárcel. Allí se unió a «más de 150 sospechosos», sobre todo sacerdotes y algunos obispos, y encontró a uno de sus cohermanos, el Hermano Abraham (J.-B-Estève) detenido la víspera.

La banda armada que invadió la prisión por la tarde del domingo 2 de septiembre, asesinó primero a parte de los prisioneros en el jardín, mientras algunos lograban huir. Otros fueron sometidos a una parodia de juicio antes de ser ejecutados, por el motivo de haberse negado a prestar el juramento constitucional. No se sabe cómo murió el Hno. Salomón, pero es seguro que estuvo entre las víctimas de la prisión de los Carmelitas. En cuanto al Hno. Abraham, él fue uno de los que consiguieron escapar a la matanza.

Para el Hermano Salomón, esta muerte era el coronamiento de una vida muy adecuada para alcanzar tal desenlace. Nicolás Le Clercq había nacido el 14 de noviembre de 1745, en Boulogne sur Mer, donde su padre era comerciante en la Ciudad Baja, animada por la actividad del puerto. A diferencia de sus cuatro hermanos, Nicolás fue a la escuela de los Hermanos. Esta circunstancia, unida a la educación cristiana recibida en su familia, preparaba el terreno para su futura vocación.

Mientras tanto, la previsión de su padre era preparar al hijo para que le sucediese en el negocio. Nicolás siguió, pues, las clases de comercio que tenían los Hermanos, y luego su padre le colocó a trabajar con un comerciante de las cercanías de Boulogne, y más tarde fue a París para trabajar con un negociante. El ambiente en que se movía, sobre todo en París, no le agradaba. Así que de vuelta a Boulogne, decidió seguir el ejemplo de sus antiguos maestros.

El 25 de marzo de 1767 ingresó en el noviciado de San Yon. El año complementario al Noviciado lo pasó en Rennes, bajo la dirección del Hermano Vincent Ferrier. Pronunció los votos trienales en 1769, y a la sazón se hallaba en Ruán, bajo la dirección del Hno. Sylvestre, futuro Asistente. En septiembre de

1770 pasó al colegio internado de Mareville. Hizo la profesión perpetua en 1772.

Después de este itinerario, bastante clásico, la vida del Hno. Salomón tomaba otro rumbo. El mismo año de su profesión perpetua fue designado ayudante del Hno. Lothaire, director del noviciado de Maréville, y en 1773 se hacía cargo de la dirección del noviciado. En 1777 cambió totalmente de actividad, y fue nombrado «procurador» de la casa. En 1780, primero en su comunidad y luego en San Yon, se preparó para enseñar matemáticas en el Escolasticado que se organizó en Melun. Acababa de cumplir los 15 años de profesión perpetua requeridos, cuando participó en el Capítulo General de 1787. Fue designado Secretario del mismo, y después fue llamado a desempeñar la misma función junto al Hermano Superior General.

Cumpliendo tal función acompañó al Hno. Agatón a París en 1791, y más tarde se hubo de quedar él solo en la casa del Espíritu Santo, que tuvieron que dejar los Hermanos de las Escuelas de San Sulpicio. Aunque vestía de seglar, no pudo pasar inadvertido, tal vez por la frecuentación de las iglesias donde celebraban sacerdotes no juramentados. Fue, pues, su dedicación al servicio del Instituto y su apego a la Iglesia que se mantenía fiel al Papa, lo que le merecieron la detención aquel 15 de agosto de 1792.

Para conocer lo que sintió el Hno. Salomón durante su vida tenemos la suerte de poseer 138 cartas que había enviado a miembros de su familia. Esas cartas son el eco de las distintas etapas de su vida y de los acontecimientos que ocurrieron en aquella época, especialmente los de los últimos años, cuando él mismo se vio envuelto en los sobresaltos de la transformación política que experimentó Francia.

Además, estas cartas están llenas de reflexiones de tipo espiritual. En ellas se ve «el concepto que el Hermano Salomón tenía de la vida cristiana en el contexto del siglo XVIII» (F. Marcel Guilhem, 116). Dentro del estilo propio de la época, esas cartas son testimonio de la total entrega del autor a su vocación y la intensidad de su vida espiritual. Bien puede decirse que el modo como vivió el Hermano Salomón le preparó a asumir el martirio que coronó su vida.

(F. Henri Bedel, *E.L.*, n° 6, 199-200).



Beato Hermano Salomón Leclercq

retumbó, la campana mayor de San Sulpicio tocó a rebato y los tambores tocaron a generala por las calles. Todos pudieron leer el Bando colocado en las paredes por la Comuna. «*¡A las armas, ciudadanos, el enemigo está a nuestras puertas!*»

Al final de la mañana, Dantón acababa en la Asamblea su discurso de movilización contra el invasor: «*para vencer necesitamos audacia, más audacia, siempre audacia, y Francia se salvará.*»

A la una de la tarde, Ceyrat, comisario de la sección, terminó de pasar lista a los presos. Se les quitaron los cuchillos que tenían. Se renovó el puesto de guardia, pero pusieron más hombres que las veces anteriores, aunque algunos estaban sin uniforme, ni armas, ni picas.

Desde el comienzo de la tarde la Asamblea General de la sección Luxemburgo estaba reunida en la iglesia San Sulpicio, bajo la presidencia de Joaquín Ceyrat. En el orden del día figuraba: «**medidas que se han de tomar por el interés general**». Entre los asistentes había muchos marseleses, de los acuartelados en los Franciscanos.

Luis Prière, comerciante de vinos en el paseo Fontaines, cerca del palacio de Luxemburgo, expuso desde el púlpito la gravedad de la situación: había que ir contra el invasor, pero antes era preciso deshacerse de cuantos llenaban las cárceles.

Muchos no aprobaron estas medidas. Alejandro Carcel, un relojero de la calle los Ciegos, opinó que si en las cárceles había culpables, también había gente honrada. Bastantes le apoyaron.

Pero Ceyrat volvió a tomar la palabra, increpó al auditorio y aseguró: «**Todos cuantos están detenidos en los Carmelitas son culpables. Es ya hora de que el pueblo haga justicia.**». **Para acabar con los presos sólo había una salida: «matarlos».**

Carcel intuyó las atrocidades que se avecinaban y fue a encontrar al comandante Tanche, que se encontraba acuartelado en la calle Palatina con un destacamento de la guardia nacional. Le rogó que fuera a los Carmelitas para mantener el orden. Pero Tanche no se movió, pues no había recibido órdenes.

Los seguidores más entusiastas de la propuesta de Prière, parisienses y marseleses, se dirigieron vociferando a los Carmelitas, por las calles Férou y Vaugirard. Eran las cuatro y media de la tarde y fue el comienzo de la matanza. Se oyeron los tiros y los gritos de los asesinos.

Unos treinta sacerdotes consiguieron huir, saltando las tapias, por las calles Cassette, Cherche-Midi o Regard.

Hacia las cinco de la tarde llegó Maillard. Venía de la Abadía, acompañado de Violette, comisario de la sección, y de hombres armados que vociferaban. El ya había tomado su decisión.

El ciudadano Petit, subcomandante, tan pronto como supo de la carnicería, intentó calmar a la sección para detener la matanza. No se le escuchó. Bourgeois sustituyó a Petit en el púlpito y suplicó que se fuera a socorrer a los presos de los Carmelitas. Se

le contestó que ya era demasiado tarde.

El Comandante Tanche, el que se encontraba en la calle Palatina, fue por fin a los Carmelitas y confesó que no podía hacer nada. Mientras tanto un batallón de la guardia hacía maniobras en el jardín del Luxemburgo.

A las seis y media de la tarde la matanza había acabado. Se contaban 114 víctimas.

Se abrieron las puertas de la iglesia y bastante gente penetró en el edificio y en el jardín donde se amontonaban los cadáveres sanguinolentos. Algunos de los asesinos celebraban su hazaña festivamente y bebiendo vino.

Por diversas razones, siete sacerdotes no fueron asesinados. Los guardias consiguieron llevarlos de nuevo a San Sulpicio, pese a los rugidos de los amotinados ante la puerta de los Carmelitas.

El 3 de septiembre el presidente de la sección escuchó a los sacerdotes supervivientes que habían pasado la noche en el seminario San Sulpicio, y les puso en libertad. Los guardias los acompañaron a sus domicilios.

El secretario de la sección, Daubanel, dio instrucciones para que se despojara a los cadáveres de los objetos de valor y que llevaran algunos en dos carretas al cementerio de Vaugirard. A otros los echaron en un pozo y los enterraron allí mismo, en el jardín de los Carmelitas.

Durante todo este día sanguinario, el barrio permaneció en calma. La gente se paseaba por el jardín de Luxemburgo, separado del lugar de la carnicería tan sólo por la calle Vaugirard. Los muchachos jugaban como de costumbre... Nuestros conciudadanos «no supieron, ni oyeron, ni vieron nada».

Se diría que no habían leído los carteles ni los periódicos que ensalzaban la represión; que no se habían dado cuenta de que en la sección de Luxemburgo los discursos llamaban al asesinato; que no habían visto los grupos de matarifes armados con sables y picas que se precipitaban por la calle Vaugirard; que no vieron tampoco los carros sin toldos transportando los cadáveres...

Con todo, aquellos matones, muchos de ellos entre 25 y 40 años, eran «honestos artesanos» del barrio, que recibieron una paga por tan horrendo crimen.

¿Cuál fue el sentimiento dominante ese día en nuestros conciudadanos: complicidad, indiferencia, miedo...? Nadie podrá contestar. Únicamente queda el hecho de que en un par de horas y en pleno día, el Domingo 2 de septiembre de 1792, hubo 114 asesinatos en la calle Vaugirard.

(Publicado en «Notre 6ème»,
revista de la VI circunscripción de la capital.
1, rue des Beaux-Arts - 75006 París)



2. – LOS MÁRTIRES DE ROCHEFORT

El domingo 1 de octubre de 1995 S. S. Juan Pablo II beatificó a 64 mártires: el grupo de Juan Bautista Souzy, sacerdote, Vicario General de La Rochelle, y 63 compañeros, que murieron víctimas de sufrimientos por la fe durante la Revolución Francesa.

Se les llama «mártires de los pontones de Rochefort», por el lugar donde estuvieron presos. Se daba el nombre de «pontón» a los viejos bajeles ya desarmados, usados para depósito de material, o como cuartel flotante o como prisión.

Los barcos que sirvieron de prisión fueron dos: el «Les Deux-Associés» (Los dos socios) y el «Washington», que estuvieron fondeados en Rochefort, en la desembocadura del río Charente, en el departamento de La Rochelle.

Los presos fueron en total 827 sacerdotes y religiosos que, en su mayoría, se habían negado a prestar el juramento de la llamada «Constitución Civil del Clero», pues se consideraba como una apostasía de la fe.

De los 827 prisioneros, 542 murieron durante los meses de cautividad en los barcos: del 11 de abril de 1794 al 7 de febrero de 1795. Todos tuvieron que soportar terribles sufrimientos y vejaciones por odio a la fe y fueron muriendo a consecuencia de los malos tratos. Los 285 supervivientes fueron liberados el 12 de abril de 1795 y pudieron regresar a sus lugares de origen. Algunos dejaron por escrito su testimonio sobre los ejemplos heroicos de sus compañeros martirizados.

Entre los presos de los Pontones hubo siete Hermanos de las Escuelas Cristianas: Roger, León, Uldaric, Pedro Cristóbal, Donato José, Avertino y Jugon. Los tres últimos sobrevivieron y fueron liberados el 12 de abril de 1795. Los cuatro primeros murieron durante la prisión, pero en el grupo de beatos sólo están incluidos los Hnos. Roger, León y Uldaric. Del Hno. Pedro Cristóbal no se han podido recoger algunos informes y documentos, y por eso no figura en el grupo.



LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA

Las cambios que siguieron al estallido de la Revolución Francesa se convirtieron muy pronto en persecución de las ideas religiosas, y concretamente de la Iglesia católica. Los creyentes, con sus pastores a la cabeza, eran conscientes de esta persecución, que en algunos momentos y en muchos lugares, se hizo cruenta, con la muerte de numerosos sacerdotes, religiosos y fieles.

La sucesión de los hechos, sintéticamente, fue la siguiente.

1. Los Decretos de deportación.

La Constitución Civil del Clero fue votada por la Asamblea Francesa el 12 de julio de 1790. En ella se imponía una estructuración de la Iglesia de Francia que, de hecho, equivalía a la separación de Roma y convertía a los sacerdotes en funcionarios del Estado.

Pocos días después, el 24 de julio, se dio un Decreto que obligaba a todos los sacerdotes a jurar dicha Constitución. Muchos obispos y sacerdotes consideraron en conciencia que no podían acceder a ello, porque equivaldría a una apostasía.

Ante los numerosos casos de sacerdotes que se negaban a prestar tal juramento, otro Decreto, del 27 de noviembre de 1790, imponía sanciones a los sacerdotes que se resistían, los «refractarios».

Los días 10 de marzo y 13 de abril de 1791 el Papa publicó dos Breves rechazando la Constitución Civil del Clero como contraria a la disciplina de la Iglesia, e incluso con errores en algunos puntos.

La reacción de los gobernantes consistió en un nuevo Decreto, el 29 de noviembre de 1791, imponiendo el juramento a todos los clérigos y religiosos, incluso a los no sacerdotes.

Como la resistencia al juramento era ya notoria, el 27 de mayo de 1792 se decretaba el destierro para todos los «refractarios». El Rey Luis XVI se negó a firmarlo, pero de poco valió, pues el 10 de agosto fue derrocado y luego guillotinado.

Un nuevo decreto del 26 de agosto obligaba a todos los «refractarios» a salir de Francia. Los gobernantes pensaron deportar a todos a Cayena, en la Guayana. Más tarde pensaron abandonarlos por las costas de África y de Madagascar. Pero esto nunca llegó a realizarse por la imposibilidad de emprender el viaje por mar.

Algunos sacerdotes se ocultaron, trasladándose a sitios donde nadie los conocía. Pero otro decreto, el 14 de febrero de 1793, obligaba a los ciudadanos, bajo severas penas, a denunciar a todos los sospechosos de ser «sacerdotes refractarios», y los descubiertos podían ser condenados a muerte.

Finalmente, otro decreto, del 20 de marzo de 1793, imponía la detención de todos los refractarios y su inmediata deportación.

2. Las detenciones.

Tras esta sucesión de disposiciones, por toda Francia se inició la caza a los «refractarios». Las cárceles se llenaron. Muchas autoridades locales preguntaban a los gobernantes de París qué debían hacer con los detenidos, pues ya no cabían más personas en los calabozos. La respuesta de París no llegaba. Así, en noviembre de 1793, algún departamento, en concreto el de Allier, por su cuenta, dispuso enviarlos a un puerto de embarque, y los despachó hacia Rochefort, aunque la expedición tuvo que detenerse en Saintes, a varias jornadas de Rochefort, hasta finales de marzo de 1794.

Por fin París decidió los lugares donde embarcar a los «refractarios» para la deportación: Burdeos, Blaye y Rochefort. Los diversos departamentos debían enviar hacia allí a los detenidos.

3. Las caravanas de detenidos.

De todos los puntos de Francia fueron saliendo sucesivas expediciones de detenidos hacia los puertos de embarque.

El transporte, de ordinario, se hizo en carretas de bueyes, con los detenidos apiñados y a la intemperie. Los viajes duraron varias jornadas o semanas, según la distancia.

Al pasar por las poblaciones, en muchos casos, eran acogidos con burlas e insultos. En otros sitios, sin embargo, la gente los miraba con piedad y conmiseración. Pero los casos eran muy diversos. En algunos lugares la población ya estaba prevenida del paso de los deportados para acogerlos con hostilidad.

Hemos mencionado al Departamento de Allier, que se adelantó a las disposiciones oficiales y organizó por su cuenta la caravana hacia Rochefort. Este grupo lo encabezaba el P. Imbert, Vicario de la diócesis de Moulins. Se formaron dos expediciones: la primera, con 27 personas, salió el 25 de noviembre, a las 8 de la mañana; la segunda, de 24 personas, salió el jueves siguiente, 28 de noviembre. En el primer grupo iba el Hermano Roger; en el segundo, el Hno. León. Ambos habían sido detenidos en Moulins el 11 de junio de 1793. Desde entonces hasta que salieron para Rochefort estuvieron encarcelados en el antiguo monasterio de Santa Clara.

El itinerario de estas caravanas era Moulins, Montluçon, Guéret, Limoges, Angulema, Cognac, Saintes y Rochefort.

Los que iban en el primer grupo han dejado testimonios de algunos «recibimientos». Al sacarlos de la cárcel para iniciar la marcha hacia Rochefort los hicieron pasar entre dos filas de picas hasta la plaza de Allier, donde estaba levantada la guillotina. Allí la gente, vestida con ornamentos litúrgicos, bailaba y danzaba la «Carmañola». Al ver la guillotina los presos pensaron que iban a ejecutarlos. Algunos dijeron en alta voz: «¡No tenemos miedo!», y comenzaron a subir al patíbulo.

«¡Paciencia, paciencia!», gritó la gente. «¡Ya os mostraremos en otro sitio cómo funciona!» Luego, subidos de nuevo a las carretas, los dieron tres vueltas en torno al entarimado de la guillotina, mientras la gente cantaba el famoso «Ça ira!»

Acabada la tercera vuelta, la procesión salió del pueblo para ponerse en camino. Pero otra procesión de gentes, también revestidas con casullas y bonetes, los acogió vociferando el «*Libera me...*», canto usado en los funerales. El jefe del grupo llevaba mitra y agarraba una cruz, remedando groseramente los gestos de un prelado. Al llegar al puente los dejaron marchar, entonando con irreverencia el «*Requiescant in pace...*»

El párroco de Rocles, que iba entre los presos, contestó: «¡Gracias, amigos, pero no os debemos nada, ya que los honorarios se han suprimido!».

Otro episodio similar ocurrió al llegar a Limoges. A la entrada de la ciudad encontraron una inmensa muchedumbre, reunida para contemplar la escena. Numerosos burros y carneros, vestidos con ornamentos sacerdotales, avanzaban en larga fila. Y al final un cerdo enorme, revestido de pontifical, llevaba una mitra atada a la testuz, y en ella escrito «El Papa». El que presidía esta sacrílega procesión mandó parar las carretas con los presos. Los mandó bajar y los obligó a seguir de dos en dos a los animales. Así entraron en la ciudad. Al llegar a la plaza los mandó ponerse en círculo en torno al estrado de la guillotina. Al poco llegaron los gendarmes conduciendo a un diácono, M. Rempnoux, preso por «refractario» y condenado por ello a la guillotina. Lo subieron al estrado y allí mismo fue ejecutado.

El verdugo mostró a la multitud la cabeza chorreando sangre y gritó: «*Todos estos malvados que veis ahí merecen sufrir el mismo castigo. ¿Por quién queréis que empiece?*». La multitud contestó: «¡Por el que quieras!» Pero no lo hizo. A todo el grupo lo llevaron a la cárcel, donde los presos pasaron la noche.

En Angulema los detenidos fueron retenidos durante tres días, esperando que llegara el segundo grupo; y luego, en una sola caravana, salieron hacia Saintes, a donde llegaron el 24 de diciembre. En esta población tuvieron que permanecer hasta el 28 de marzo de 1794, porque los barcos donde tenían que embarcar aún no estaban preparados en Rochefort. Los encerraron en la antigua «Abadía de las Damas», en la parte llamada «Internado nuevo».

Sirva esta descripción para imaginar el viaje de las otras caravanas de toda Francia, partidas desde Normandía, Bretaña, departamentos del Este, departamentos del Norte, Borgoña y Dordoña, hacia los puertos de embarque. Más o menos, todos tuvieron que sufrir vejaciones, insultos y escenas repelentes.

4. Los barcos para la expatriación.

En Rochefort iban aumentando el número de presos a medida que llegaban los diversos grupos. Pero la preparación de los barcos en que deberían ser embarcados se difería.

En principio se designó sólo un barco, «Les Deux Associés» (Los dos socios), anclado en la desembocadura del Charante. El 24 de marzo fue designado el capitán del mismo, el ciudadano Laly, que antes mandaba una chalupa cañonera.

El 7 de abril el buque estaba preparado para acoger, como máximo, a unas 360 personas, apiñadas como se hacía con los negros. Los presos comenzaron el embarque el 11 de abril de

1794. El día 1 de mayo los presos embarcados eran ya más de 400, aparte de la tripulación.

Dándose cuenta de que un solo barco no era suficiente para transportar a todos, en abril se gestionó otro barco, el Washington, del que fue nombrado comandante, el 16 de mayo, el ciudadano Gibert. Esta embarcación sólo pudo comenzar a embarcar presos el 10 de junio.

Estas naves no tenían condiciones de habitabilidad para un largo viaje. Estaban construidos para el comercio de esclavos negros, a los que se transportaba como si fueran animales.

El espacio disponible era limitadísimo para cada persona, y las alturas se aprovechaban para hacer varios niveles donde se pudieran acostar los transportados. La bodega para almacén de alimentos estaba en la parte baja. El lugar de descanso era el suelo de tablas. El amontonamiento de los cuerpos hacía molesta cualquier postura e impedía el reposo, tanto durante el día como en la noche, para dormir.

Se conservan diseños de algunos barcos negreros, en los que se aprecia la escasez de espacio para cada individuo y la inhumanidad de esta forma de transporte.

Estas duras condiciones fueron, para los presos de los dos barcos, «Les Deux Associés» y «Washington», peores que para los esclavos negros, porque el número de personas encerradas excedía al previsto.

La cubierta de estos dos barcos fue dividida en dos partes por medio de una empalizada. Una parte se reservaba a la tripulación y la otra a los presos, con absoluta prohibición para éstos de sobrepasar los límites.

Tanto los capitanes como los marineros y guardianes se mostraron sumamente crueles con los presos, imponiéndoles castigos durísimos, insultándolos y mofándose de ellos, y con mucha frecuencia blasfemando y ultrajando la religión.

5. La vida en los pontones.

A medida que los presos fueron subiendo a los barcos, la tripulación les fue despojando de sus pertenencias, dejándoles sólo alguna prenda de vestido para recambio. Del dinero y del resto de la ropa se apoderaron los guardianes. Los libros, Biblias, breviarios y objetos religiosos los tiraron al agua. Les explicaron que no iban a necesitar ninguna de aquellas cosas en el lugar de destino.

Luego fueron señalando a cada uno su espacio, donde tendría que permanecer todo el tiempo que durase la travesía. A medida que fueron embarcando más presos, el sitio de cada uno se reducía hasta quedar comprimidos como sardinas en lata.

Un tormento durísimo era transcurrir el tiempo sin hacer nada. Al haberles quitado los libros, el papel, los objetos de piedad..., cada uno quedaba a solas con sus pensamientos.

La bodega era oscura y sin ventilación. Al estar repleta de cuerpos, al poco tiempo de estar allí se comenzaba a sudar. Los vestidos se empapaban de sudor, sin poderlos cambiar. Cuando se les permitía lavarlos, tenían que hacerlo con agua del mar, con lo cual se impregnaban de sal, y al vestirlos producían terrible tormento. Al cabo de poco tiempo estaban reducidos a andrajos, y no disponían de medios para coserlos ni zurcirlos.

El ambiente de la bodega se hizo irrespirable, por el amontonamiento y la falta de ventilación. Si se subía a cubierta,

el viento frío del mar congelaba el cuerpo. De forma que tanto abajo como arriba la estancia en el barco era un suplicio.

Se les prohibió, si los guardianes veían a alguien relieves los labios, como musitando una plegaria, le increpaban e incluso le castigaban.

Estaba prohibido decir palabras que no fueran francesas. Algún preso del Este de Francia sólo sabía alemán, y por lo tanto debía permanecer en total silencio. El uso del latín también estaba prohibido. Decían que era para impedir cualquier insurrección de los detenidos.

Los dos capitanes, Laly y Gibert, se mostraron autoritarios, insolentes e incluso inhumanos. Establecieron un reglamento de castigos durísimo para los presos, de tal modo que por cualquier gesto o palabra que no gustase a la tripulación se imponían condenas de varios días de grilletes en la bodega y privación de alimentos.

La comida era muy escasa, y a cada grupo de ocho personas se daba la ración de cinco o seis. Hubo días en que la sopa iba llena de parásitos, y no se podía protestar. En otras ocasiones les repartían alimentos podridos, incluso con gusanos; y si alguno hacía ascos, podía ser condenado a grilletes en la bodega baja.

Al principio vivieron con la esperanza de zarpar pronto hacia África y Madagascar. Pero los días fueron pasando y al final se convencieron de que el viaje nunca se realizaría. Los navíos franceses no se podían aventurar en los mares a causa de la flota de Inglaterra, enfrentada a Francia.

Los presos se resignaron a la triste situación de los pontones, en una existencia convertida en martirio constante.

A esta situación habitual se sumaban otras vejaciones de la tripulación.

Por ejemplo, cada mañana eran despertados con una fumigación muy especial. En un barril de alquitrán echaban bolas de hierro al rojo, para provocar vapores. Decían que era para desinfectar la bodega, pero la realidad era muy otra. En varias ocasiones los comandantes se gloriaron de la forma en que daban aquel suplicio suplementario a sus detenidos. El humo impedía respirar y los presos se convulsionaban en medio de la tos. Varios testificaron más tarde que algunos presos llegaban a escupir sangre durante esta «fumigación».

El descanso nocturno era otro aspecto del martirio. Obligados a estrecharse unos contra otros, con los cuerpos sudorosos y pegados, era imposible el descanso. Aparte de la incomodidad de no disponer de ropa para cubrirse y de tener que dormir en el suelo. El ambiente era propicio para la aparición de parásitos, y así ocurrió muy pronto; sobre todo los piojos, que se cebaron en los presos.

Muchas noches la tripulación organizaba juergas nocturnas una vez que habían encerrado a los presos en la bodega. Danzaban y cantaban sobre la cubierta, justo encima de las cabezas de los presos, con lo que el pretendido reposo era aún más difícil.

Habitualmente los presos tenían que ayudar a la tripulación en trabajos como subir a cubierta barriles de agua potable, limpiar las letrinas, limpiar la cubierta, etc., lo cual resultaba muy trabajoso a causa de la debilidad de las fuerzas, por falta de alimentación.

Periódicamente, además, había registros sin avisar, para despojar a los presos de cualquier objeto que hubiera escapado a la requisición en ocasiones anteriores. La realidad es que varios Imitación de Cristo, parte de una Biblia y de un Breviario, un crucifijo, una cajita con formas consagradas o una cajita con los santos óleos. Antes de acudir al registro, lo escondían en alguna rendija o agujero del barco, o en trozos de pan u otros alimentos, con toda discreción, y así lograban salvarlo.

6. Consecuencia de los malos tratos: la epidemia.

La mala alimentación, la falta de higiene, el amontonamiento de personas, la inactividad, los malos tratos y las intemperancias de los guardianes dieron pronto sus frutos.

La debilidad llevó a algunos a la tumba al cabo de pocos días. Cinco murieron en el mes de abril y el ritmo se mantuvo a lo largo de mayo.

La tripulación celebraba cada muerte con júbilo, porque era la desaparición de un enemigo. Se juntaban en cubierta y daban vivas a la República, lanzando sus gorras al aire.

A los muertos los bajaban del barco a una canoa y los llevaban a enterrar a la cercana isla Madame.

Las enfermedades se fueron cebando en los detenidos, y a principios de junio era ya patente que se había declarado una epidemia. Más de la mitad estaban enfermos. Los médicos que llevaron para atenderlos tenían muy poca experiencia y disponían de pocos medios y medicinas. La enfermedad, por los síntomas que han quedado en los relatos, sería el tifus, muy fácil de propagarse a través de los piojos.

Junto al barco «Les Deux Associés» se amarraron unas barcas más pequeñas para que hicieran de hospital, y a ellas se iba trasladando a los enfermos más graves. Pero su situación era casi peor que en el pontón, pues el agua a menudo llegaba a la plataforma del la barca y bañaba a los enfermos, dejados sobre ella, expuestos a la intemperie, sin mantas ni ropa de abrigo, esperando la muerte.

Bastantes presos aún sanos se convirtieron en enfermeros de los que se sentían mal. Algunos tuvieron comportamientos heroicos, llegando a contraer la enfermedad y a morir en pocos días.

En esta situación tan trágica, el capitán decidió apartarse del lugar y dirigió el barco hacia la cercana isla de Aix, esperando que el contagio disminuyera. En esa isla se enterró a los que siguieron muriendo. Pero los moradores de la isla, al ver el ritmo de defunciones y entierros, temieron el contagio, y acudieron a las autoridades de Rochefort, que no debían conocer la situación real de los presos. El servicio de sanidad dispuso una inspección de los barcos, y los comisionados intentaron visitar las bodegas. Pero ni se atrevieron a hacerlo, al notar el aire irrespirable que allí había. Uno de los inspectores dijo: «*Si en ese antro meten cuatrocientos perros, mañana estarían muertos o se habrían vuelto rabiosos*».

Como medida para atender a los enfermos se dispuso construir en la isla Madame cuatro tiendas de campaña, que sirvieran de hospital. Casi un mes tardaron en instalarlas, pero al final, el 20 de agosto, se pudo comenzar el traslado de los presos del «Les Deux Associés» a tierra, para desinfectar el barco.

El hecho de poder pisar tierra, con un espacio abierto, sin la estrechez del pontón, fue un alivio para todos. Los enfermos pudieron ser mejor atendidos. Con todo, los medios disponibles eran insuficientes y el ritmo de muertes no disminuyó: del 20 al 31 de agosto murieron 82 presos, 77 en la primera quincena de septiembre y otros 33 en la segunda quincena. La isla Madame, que durante las mareas bajas queda unida a tierra por un corredor de arena, se convirtió así en el inmenso cementerio de estos mártires.

7. La segunda estancia en los barcos y la liberación

La estancia en las tiendas de la isla Madame duró diez semanas. Excepcionalmente, el verano fue muy lluvioso y con fuertes ráfagas de viento, que rasgaron las lonas y destruyeron las tiendas.

Por eso volvieron a los barcos en los primeros días de noviembre de 1794. El día 5, entre los presos del «Les Deux Associés» había 77 convalecientes. Y en el Washington los presos eran 146, entre ellos algunos enfermos. Otro grupo de enfermos fue embarcado en el bajel «Indien». Los demás habían fallecido.

Aunque la situación mejoró en comparación de la precedente, aún siguieron muriendo presos: 13 en noviembre, 4 en diciembre y 8 en enero. Y en el Indien también murieron varios.

Los presos iban a permanecer de nuevo en los barcos varios meses, y por de pronto todo el invierno, que fue especialmente riguroso, con fuertes nevadas y heladas. En cuanto al trato, en esta nueva etapa, se notó que el régimen de Robespierre había caído, y como consecuencia los miembros de la tripulación ya no se mostraban tan crueles, pues temían incluso represalias de las nuevas autoridades, molestas por los ecos recibidos sobre lo sucedido en los pontones.

Por todo lo ocurrido, los capitanes del «Les Deux Associés» y del «Washington» recibieron orden de remontar el río Charente hasta Saintes. Por ello el 1 de febrero los barcos entraron en el puerto de Rocherfort, y al día siguiente comenzaron a remontar el río. Sólo el 6 de febrero llegaron a Tonnay-Charante y el barco no pudo seguir. A la mañana siguiente los hicieron desembarcar. Tenían que hacer el resto del trayecto a pie. Eran en total unos 230. Para los enfermos los gendarmes buscaron unas carretas. Los demás caminaron en medio de una fina y helada llovizna hasta Saint Porchaire, donde tuvieron que pasar la noche en la iglesia, cerrada al culto.

Al día siguiente llegaron a Saintes. La población los recibió con afecto y caridad. Los gendarmes les trataron con benevolencia e incluso les dieron libertad de movimientos.

Ya no les impedían rezar y algunos pudieron celebrar la misa en casas particulares, pues habían preparado clandestinamente capillas, para suplir las iglesias confiscadas por la Revolución.

En Saintes los presos tuvieron que permanecer hasta el 14 de abril. Pero entre tanto por diversos caminos se había ido gestionando su libertad. A algunos les comunicaron la liberación antes que a otros, pero a la casi totalidad les llegó el 14 de abril.

Entonces se pudieron poner en camino hacia sus casas, esperando abrazar a sus seres queridos, feligreses y amigos.

Detrás quedaban los 542 muertos, víctimas de los malos tratos en su prisión.

8. El martirio de los que dieron su vida.

Los sacerdotes y religiosos encarcelados por «refractarios» eran muy conscientes de sufrir por odio a la fe, precisamente por no querer jurar una Constitución que consideraban vejatoria para la religión y la Iglesia.

Aceptaron su prisión y los malos tratos con gran virtud y paciencia. Y cuando a causa de la debilidad y del contagio caían enfermos, sabían que entregaban la vida por defender su fe.

Muchos dieron ejemplos heroicos de virtud, sobre todo de caridad, ayudando a los demás en sus penas y en sus enfermedades. Llevaron, a pesar de las prohibiciones, una intensa vida de oración y contemplación, y algunos añadían a sus sufrimientos otras mortificaciones y privaciones voluntarias.

Es singular el caso del P. Sebastián, un capuchino de Nancy, que en la barcaza que hacía de hospital le encontraron, la mañana del 10 de agosto, de rodillas, con los brazos entrelazados en cruz, con la boca entreabierta y los ojos elevados al cielo. Todos creían que estaba en oración, como hacía con frecuencia. Pero al cabo de un tiempo se dieron cuenta de que así, en esa postura, había entregado su alma al Señor.

Cuando los presos avisaron de ello a los guardianes, estos, al verle así, a pesar de su dureza de corazón, se sintieron conmovidos y manifestaron signos de religiosidad. Fue enterrado en la isla Madame.

La Iglesia, en los 64 nuevos beatos, ha reconocido que su muerte fue un verdadero martirio, más duro, si cabe que la muerte instantánea, por la extrema dureza y la prolongación de sus sufrimientos.



BEATO HERMANO ROGER PEDRO-SULPICIO-CRISTÓBAL FAVERGE

Pedro-Sulpicio-Cristóbal Faverge nació en Orleans, el 25 de julio de 1745, en circunstancias que hicieron temer por su vida. El médico que asistió a su parto, Alexis Dejan, creyó prudente administrarle en seguida el sacramento del bautismo. El niño fue mejorando y unas semanas más tarde el párroco de San Euvertó «completó las ceremonias del bautismo», según las normas de la Iglesia.

Rigault comenta que *«a pesar de los peligros que rodearon su nacimiento no sería uno de esos ladrones jóvenes que roban el cielo»*.

La familia Faverge vivía cerca de la escuela de los Hermanos en su misma parroquia de San Euvertó, y en ella cursó Pedro sus primeros estudios. Y allí sintió la llamada de Dios para ser Hermano, como sus educadores.

Ingresa en el Noviciado de Maréville, cerca de Nancy, en 1767, y recibió el nombre de Hermano Roger. En la misma casa continuó su formación pedagógica.

Conocemos poco sobre el trabajo apostólico del Hno. Roger en su servicio educativo. Pero después de algunos años como maestro fue nombrado director de la escuela de Moulins.

Sobre sus cualidades pedagógicas, el abate Labiche de Reignefort escribió: *«Fue persona amable y maestro muy entusiasta de jóvenes; mostró habilidad poco común en la administración y dirección de la Escuela de Moulins»*. Otro testimonio dice: *«Fue uno de los mejores... Tuvo muy buenas cualidades; fue un santo»*.

En 1792 se exigió a los cinco Hermanos de Moulins, Roger, Bertauld, León, Saviniano y Nabord, el juramento de la Constitución. El Hno. Roger, como portavoz de los Hermanos, respondió:

– *«Ni por todo el oro del mundo me separaría de la Iglesia católica, mi madre»*.

– *«Pero les vamos a cerrar la escuela y les vamos a detener, incluso los expulsarán de la nación, como a bestias dañinas...»*

– *«Es usted libre de hacerlo. Yo no reniego de mi fe ni de mi bautismo, ni de mis votos, que ahora me unen más aún a Nuestro Señor...»*

En el acta de bienes confiscados, se dice que en el cuarto del Hno. Roger se confiscó *«una mala cama, con un jergón y un colchón rotos por varios sitios; una manta; una mesita de roble; un armario pequeño de nogal; y un candelabro muy malo de cobre...»*

El 11 de junio de 1793, el Hno. Roger fue encarcelado en el antiguo convento de las clarisas, que habían sido expulsadas. Ese mismo día fue también encarcelado el Hno. León y compartió la prisión con su Hno. Director y con otros muchos sacerdotes y religiosos. Todos iban a ser deportados a la Guayana.

En la «Positio» o Informe para el reconocimiento del martirio de los héroes de Los Pontones de Rochefort, se cita al abate Labiche que dejó un testimonio sobre el Hno. Roger:

«El Hermano Roger provenía de un departamento que había dado a la deportación muchos hombres de gran mérito; y él no era de los que menos tenían. Piadoso, lleno de celo por la instrucción de la juventud, poseía en grado poco común el espíritu de prudencia; gozaba de gran consideración en la ciudad. Tenía, entre otros talentos, una espléndida caligrafía».

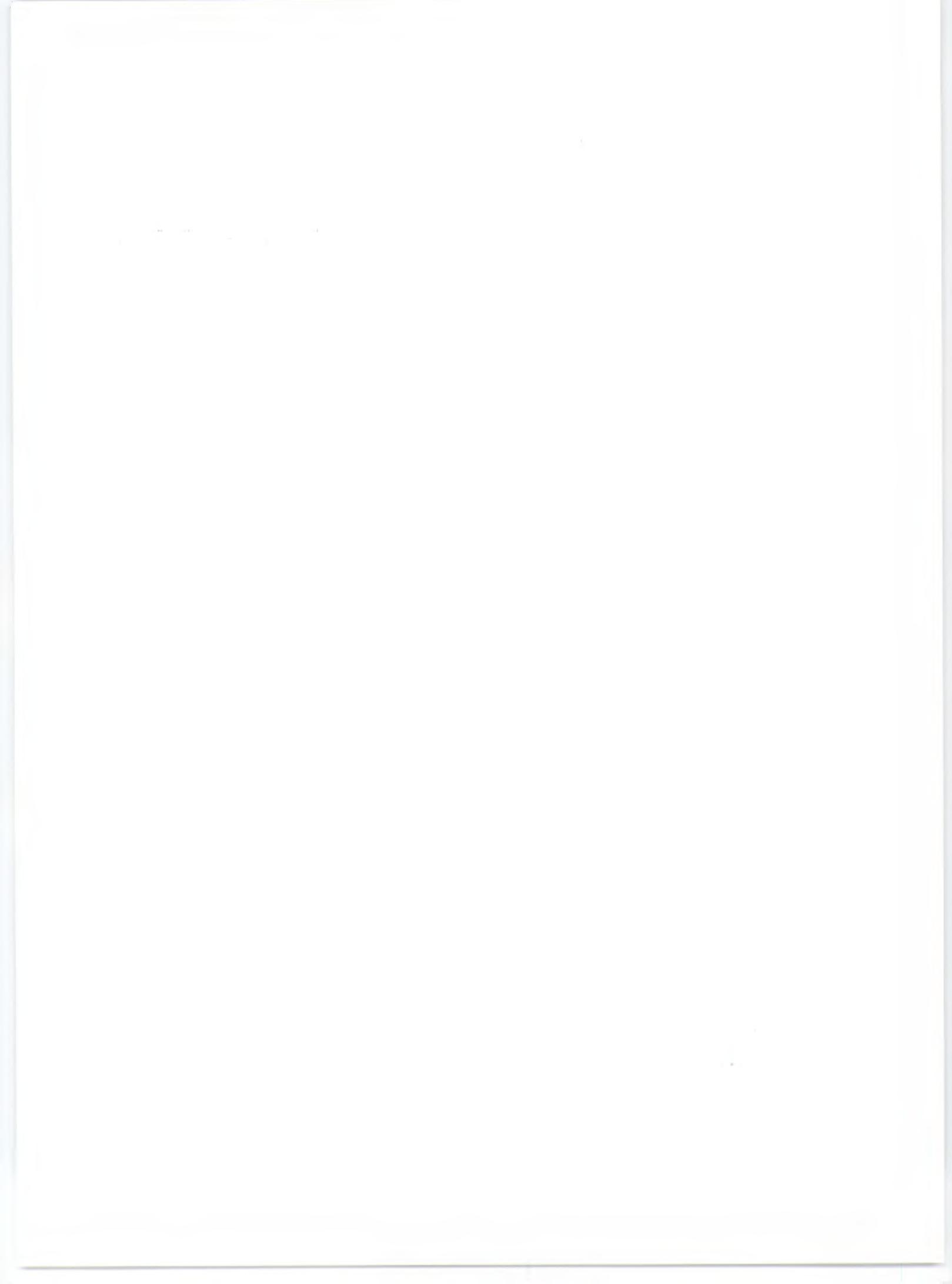
Y el abate Guillon añade:

«Para atender de manera útil a los compañeros de infortunio, se dedicó humildemente a arreglarles el calzado. Era, dice uno de ellos, una excelente persona por el género de enseñanza al que se había dedicado; y estaba lleno de virtudes». Y el Hno. Lucard escribió: *«Digno hijo de La Salle, sorprendió a los otros prisioneros por su humor alegre y resignación heroica. Siempre se mostró solícito con los enfermos y con los más desanimados; se esforzaba, con sus cuidados cariñosos, en distraerlos de los dolores. Cuando no tenían libros, los suplía con conversaciones espirituales y comentarios familiares sobre asuntos de cosmografía o navegación. Cada día empleaba también parte del tiempo en arreglar el calzado de los eclesiásticos cuya salud deteriorada sufría horriblemente con las marchas en el fango, la nieve o el hielo, a pie descalzo. Decía alegremente: como buenos soldados, debemos saber un poco de todos los oficios, y, en caso de necesidad, ser buenos zapateros remendones. Un día exclamó uno de los prisioneros de Moulins: el Hermano Roger está en medio de nosotros tan tranquilo y sereno como lo estaba en la clase. Para todos fue un hombre lleno de talentos y virtudes»*.

El Hno. Roger salió hacia Rochefort en la caravana del 25 de noviembre de 1793. Después de numerosas vejaciones e insultos, tuvieron que esperar en Saintes hasta el 28 de marzo de 1794. El 12 de abril fue embarcado en «Les Deux Associés», donde tuvo que sufrir las calamidades ya descritas, comunes a todos los presos. Afectado por la epidemia, fue trasladado a la isla Madame, donde murió el 12 de septiembre. Fue enterrado en la arena con gran cantidad de cal para acelerar la descomposición del cadáver.



Beatos Hermanos mártires de Rochefort



BEATO HERMANO LEÓN JUAN MOPINOT

El Hermano León, era también de la comunidad de Moulins y acompañó en la prisión al Hermano Roger, su Director.

Juan Mopinot, como se llamaba civilmente, había nacido en Reims, en la parroquia de Santiago, de tantos recuerdos en los orígenes del Instituto Lasaliano, el 12 de diciembre de 1724. Fue bautizado por el P. Huberto Vuyart, sacerdote de la parroquia.

Estudió con los Hermanos en la escuela de Thillois.

Ingresó en el noviciado de San Yon el 14 de enero de 1744, con 19 años. Con el hábito recibió el nombre de Hno. León.

El 1 de noviembre de 1749 emitió los votos perpetuos.

De su estancia en Moulins hay un testimonio que dice: «Casi todas las personas distinguidas de la ciudad habían recibido la primera instrucción con el Hno. León».

Fue también detenido, como el Hno. Roger, el 11 de junio de 1793. En el acta de confiscación de la escuela, en 1792, se dice que en el cuarto del Hno. León había: «un somier, un jergón, un colchón, una manta, un armario pequeño con dos puertas y un cajón abajo, y una candela de cobre».

El Hno. León tenía 68 años cuando fue encarcelado. Como otros presos, había esperado que a causa de la edad avanzada no sería deportado. Pero las autoridades no tuvieron ninguna conmiseración.

En la «Positio», citando al abate Labiche, se dice:

«Figura en la lista de los que iban a ser deportados el 31 de marzo de 1794. Luego lo encontramos en Rochefort. Embarcado en "Les Deux-Associés", su estancia fue corta en el navío, pues murió el 21 de mayo. Lo enterraron en la isla de Aix».

Y el abate Labiche añade:

«No puedo elogiar mejor al Hno. León que diciendo que era un santo. Tenía entre todos nosotros esa fama, y la merecía. La muerte, por lo demás, no hizo sino confirmar esta opinión favorable. Este santo hombre había conservado, en una edad muy avanzada, la jovialidad de la juventud».

En medio de sus sufrimientos, el Hno. León había mantenido constantemente una serenidad sobrenatural y un deseo vehemente de ver a Dios.



BEATO HERMANO ULDARICO JUAN BAUTISTA GUILLAUME

El Hno. Uldarico, Juan Bautista Guillaume, nació en Fraisans, parroquia de Dampierre, diócesis de Besançon, el 1 de febrero de 1755.

En el Libro de Bautismos de la iglesia de Dampierre se lee: «Juan Bautista Guillaume, hijo del matrimonio Nicolás Guillaume y Antonia Mignot, fue bautizado el 1 de febrero de 1755. Padrino: Juan Bautista Quiney. Madrina: Francisca Ymonez».

A este testimonio del Libro de Bautismo, se puede juntar la declaración que él mismo hizo en Nancy poco antes de su martirio, el 21 de noviembre de 1791: «Yo, el infrascrito J. B. Guillaume, oriundo de la parroquia de Dampierre, diócesis de Besançon, en el Franco Condado, entrado en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas el 16 de octubre de 1785 con el nombre de Hermano Uldarico, declaro que amo mi estado vocacional y deseo perseverar en él hasta la muerte, con la ayuda de la gracia de Dios».

Se sabe poco de la vida y actividad del Hno. Uldarico en los ocho años de misión apostólica en Nancy, que siguieron a su noviciado.

Después que los revolucionarios cerraron la escuela, dice el abate Guillon que el Hno. Uldarico «muy apegado a los hijos de los pobres de Nancy, se quedó por ellos en esta ciudad, donde clandestinamente continuó instruyéndolos en la piedad y en el arte de la lectura y de la escritura».

Y el Hno. Gustave-Marie añade: «Cuanto más humildad tenía en su profesión, tanto más éxito alcanzaba con sus instrucciones; y tanto más, también, los impíos perseguidores se irritaban contra él. La vida tranquila y ordinaria del modestísimo Hno. Uldarico no tenía nada que pudiera ofender a los republicanos; y los servicios que prestaba deberían atraerle el reconocimiento del pueblo. Pero, como eran impíos y ateos, que reinaban bajo el nombre del pueblo y de la República, este buen "ignorantín" fue encarcelado en 1793».

En efecto, fue detenido el 17 de mayo y condenado a la deportación. Tenía 38 años.

La caravana salió hacia Rochefort el 1 de abril, a las 7 de la mañana, y llegaron el 28. El Hno. Uldarico fue encerrado en «Les Deux Associés». Afectado por la epidemia y víctima de los sufrimientos falleció el 27 de agosto de 1794. Fue enterrado en la isla Madame.



EL HERMANO MONITOR (MAURICE MARTINET),

Hno. José Luis Herмосilla

1. Algunos datos biográficos del Hermano Moniteur.

Maurice Martinet nació en Mezières, en el nordeste de Francia, el 26 de abril de 1750.

Ingresó en el Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en el Noviciado de Maréville, donde estaba también el Escolasticado, a cuyo frente estuvo durante algún tiempo el beato Hno. Salomón, que sufriría el martirio en 1792.

En 1787 fue destinado a Saint-Malo. Atendían la escuela tres Hermanos, el director, H. Augusto, el Hno. Monitor y el Hno. Lucas. Los alumnos eran casi 300. Fue precisamente esta escuela la que atrajo las furiosas diatribas de La Chalotais en el Parlamento bretón, porque, a su juicio, en ella «se enseñaba demasiado». Educaba a los hijos de los trabajadores más allá de sus necesidades, y a ese paso la región se quedaría pronto sin brazos para el campo y sin marinos para el mar.

2. La persecución de los Hermanos.

Cuando llegó la revolución y con ella la Constitución civil del Clero y las leyes que obligaban a prestarle juramento, la corporación de maestros de escuela, que envidiaban el funcionamiento de la escuela de los Hermanos, los acusaron a las autoridades municipales de no someterse a las leyes promulgadas. La Municipalidad de Saint-Malo evitó en cuanto pudo, por algún tiempo, exigir a los Hermanos el juramento. Pero en octubre de 1791 la denuncia la presentaron ante las autoridades departamentales.

El 3 de julio 1792, los Hermanos fueron «invitados» a expresar su juramento ante las autoridades. Pero ellos, unánimemente, respondieron en un escrito firmado por los tres el 6 de julio, negándose a prestar el juramento. En consecuencia les iban a aplicar las penas correspondientes a su insumisión. El 29 de septiembre de 1792 el Consejo General les prohibió que abrieran la escuela el 1 de octubre, a petición de los «maestros calígrafos de esta ciudad».

Como la escuela no abrió para comenzar el nuevo curso, hubieron de buscar personas que sustituyeran a los Hermanos. El 20 de octubre todavía no se había comprometido nadie. Y sólo el 5 de enero dio el Consejo su aprobación al sustituto, el ciudadano Hamon.

El 19 de enero fueron confiscados todos los bienes de la Comunidad y subastados. La cantidad recaudada fue de 1305 libras, de las cuales dedujeron el importe de las facturas

pendientes de pago, que sumaban 813 libras y 3 sueldos. El resto pasó a la Comuna.

Los tres Hermanos tuvieron que separarse y refugiarse donde pudieron. El Hermano Monitor quiso quedarse cerca de su escuela, en un pueblecito llamado Paramé. Allí consiguió un salvoconducto para poder circular libremente por la Región.

Tratando de ganarse la vida y no provocar a los perseguidores, estuvo algún tiempo en Dol, luego otra vez en Paramé, y al final en Saint-Malo. No podía estar mucho tiempo en el mismo lugar sin levantar sospechas.

Por esta época recibió una carta de su madre, respondiendo a otra anterior del Hermano. En ella le dice: «Veo que no tienes para ganarte la vida. Esto me entristece. Pero veo que tus amigos no te abandonan, y esto me consuela».

A principios de 1794 el Hno. Monitor dejó Paramé, a petición de sus hermanas, que también le escribieron desde Mezières, que le hicieron ver que allí corría gran peligro. Pero poco después volvió, y halló cobijo en la casa de Pierre Michel, padre de un niño que había tenido en clase. Todavía no llevaba 48 horas, cuando a las diez de la noche del 8 de marzo de 1794, ocho gendarmes y seis funcionarios, guiados por el ciudadano Mahé, comisario de Biot de Varennes, rodearon la casa de su bienhechor. Avisado el Hno. Monitor, que dormía, se medio vistió y fue a esconderse en el pajar. No tardaron mucho en encontrarle, y le llevaron detenido.

Parece ser que al día siguiente le encerraron en el fuerte Torre Solidor, que hacía de prisión, y poco después le trasladaron a la prisión de Saint-Malo. Allí estaba cuando llevaron también preso a su bienhechor, Pierre Michel, por haberle cobijado, siendo un «refractario». Por este crimen, en el juicio posterior, aplicándole las leyes, fue condenado al destierro.

En Saint-Malo estuvieron los dos seis meses y medio, hasta el 30 de septiembre, en que fueron trasladados a la cárcel de Rennes.

La comparecencia ante los jueces no podía tardar. Y en efecto, el 5 de octubre fueron llevados ante el tribunal.

3. Condena y Martirio.

Se conserva la declaración del Hermano Monitor en el juicio ante el tribunal de Rennes. Es un extraordinario testimonio de fe, de fidelidad y entereza. Además contamos con el testimonio de un muchacho joven, en aquel momento, que pudo presenciarlo. Se llamaba Gabriel-Simón Bruté de Remur de Vauhelle, y era hijo de un abogado del Parlamento de Bretaña. Cuarenta años después de los hechos este joven era obispo de Vincennes, hoy Indianápolis, en Estados Unidos. Puso por escrito sus recuerdos y su testimonio es de primera calidad, aunque evidentemente no todos los detalles fueran precisos. Recuerda la gallardía del Hno. Monitor, sus palabras en defensa de su vocación como educador, y la confesión de pertenecer a un Instituto Religioso. Dice cómo el Hno. Monitor expuso ante el mismo tribunal sus razones de que más que la condena debería merecer el reconocimiento, por su dedicación como maestro... Pero al jurado tales razones no le servían. Fue condenado por no haber prestado el juramento.

Al día siguiente, 6 de octubre, se aplicó la sentencia. Junto con el Hermano Monitor fueron ejecutados tres sacerdotes, los

padres Juan Gortais, Bartolomé Robert y Marcos Le Roux, condenados también por el tribunal poco antes que él, en la misma sesión y por el mismo motivo.

Los subieron a una carreta para llevarlos al prado de Beaumont, al que la revolución había dado el nombre de Campo de Mayo y luego Campo de Marte. Era la primera vez que se aplicaba la pena en aquel lugar, pues antes se hacía en la Plaza de Armas, de Rennes. La carreta dio varias vueltas en torno al cadalso, entre las risotadas e insultos de la gente. Luego, uno de los verdugos les cortó el cabello para facilitar la decapitación. Fueron guillotinado primero los tres sacerdotes y el último el Hno. Monitor. El verdugo iba levantando las cabezas por el cabello y las mostraba a la gente, que gritaba y vitoreaba.

La causa de beatificación del Hno. Monitor está incluida, desde 1938, en el grupo llamado de «Los Bretones», en la diócesis de Rennes.

HERMANO PEDRO CRISTÓBAL (CHRISTOPHE SCHECK)

Del Hermano Pedro Cristóbal poseemos, por desgracia, pocos datos.

Había nacido en Hoste (o Oberhost), cantón de Forbach, en la zona de habla alemana de la Lorena, el 6 de septiembre de 1737.

Según Lucard, fue admitido en el Noviciado de Maréville en 1766 e hizo la profesión perpetua en 1776.

En una de las Actas de los «sacerdotes detenidos... Condenados a la pena de deportación», aparece con el nombre de «Schaique Christophe, ex-hermano cocinero y hortelano de la Doctrina Cristiana, de 57 años de edad, detenido por no haber prestado el juramento del 14 de agosto de 1792».

En un certificado extendido por el municipio de Hoste sobre los bienes del Hermano se dice que «no posee nada en este territorio, ni tierra, ni huerto, ni prados, ni casa, ni muebles, ... Habiendo dado todo a los conventos por su vida y sustento... Y ahora vive del trabajo diario (en pauvre homme)...». Rigault añade: «el antiguo Hermano se había convertido en jornalero».

En el juicio del Departamento de Mosela le incluyen entre los sacerdotes refractarios, y le condenan, el 28 de germinal del año II, a ser deportado.

La caminata hasta los barcos que estaban anclados en Rochefort fue, sin duda, muy parecida a las que se describen para otras caravanas de deportados.

El Hno. Christophe estuvo en los pontones con otros seis Hermanos. Tres de ellos, Donato José, Avertino y Jugon, fueron liberados el 12 de abril de 1795. El Hno. Christophe murió, como los Hermanos Roger, León y Uldarico, que están entre los beatificados el 1 de octubre de 1995. Del Hermano Christophe apenas quedaron testimonios. Por eso, y por falta de algunos documentos, no pudo ser incluido en el proceso de beatificación.

HERMANO RAFAEL (JACQUES PATAILLOT)

El Hermano Rafael, Jacques Pataillot, nació en Bouhans, diócesis de Besançon, el 22 de enero de 1720.

Ingresó en el noviciado de Aviñón cumplidos los treinta años, el 10 de abril de 1750. Hizo la profesión perpetua en 1757.

Se sabe que ejerció el apostolado de la escuela en Uzès, de 1771 a 1782. En 1789 el Hno. Florencio, Superior General, le envió desde Aviñón, donde estaba, a la comunidad de Uzès, nuevamente, para que transcurriera su vejez en un lugar del que conservaba muy buenos recuerdos.

Cuando se desató la persecución, los Hermanos de Uzès se vieron tan seriamente amenazados que tuvieron que huir. Dos escaparon por el tejado, que en aquella casa resultaba de fácil acceso.

El relato de la muerte del Hermano Rafael nos ha llegado a través del un tal Hermano Jean-Louis, que asegura que la recogió de fuentes dignas de todos crédito.

Al parecer, una vez que se hizo pública la orden de expulsión de los Hermanos, por negarse a prestar el juramento constitucional, un grupo de ciudadanos de la comarca se amotinó tratando de asaltar la casa de los Hermanos. Fue cuando los dos Hermanos pudieron escapar por el tejado. Pero el Hermano Rafael no podía, porque estaba en cama, enfermo, y con fuertes dolores que le impedían moverse con facilidad.

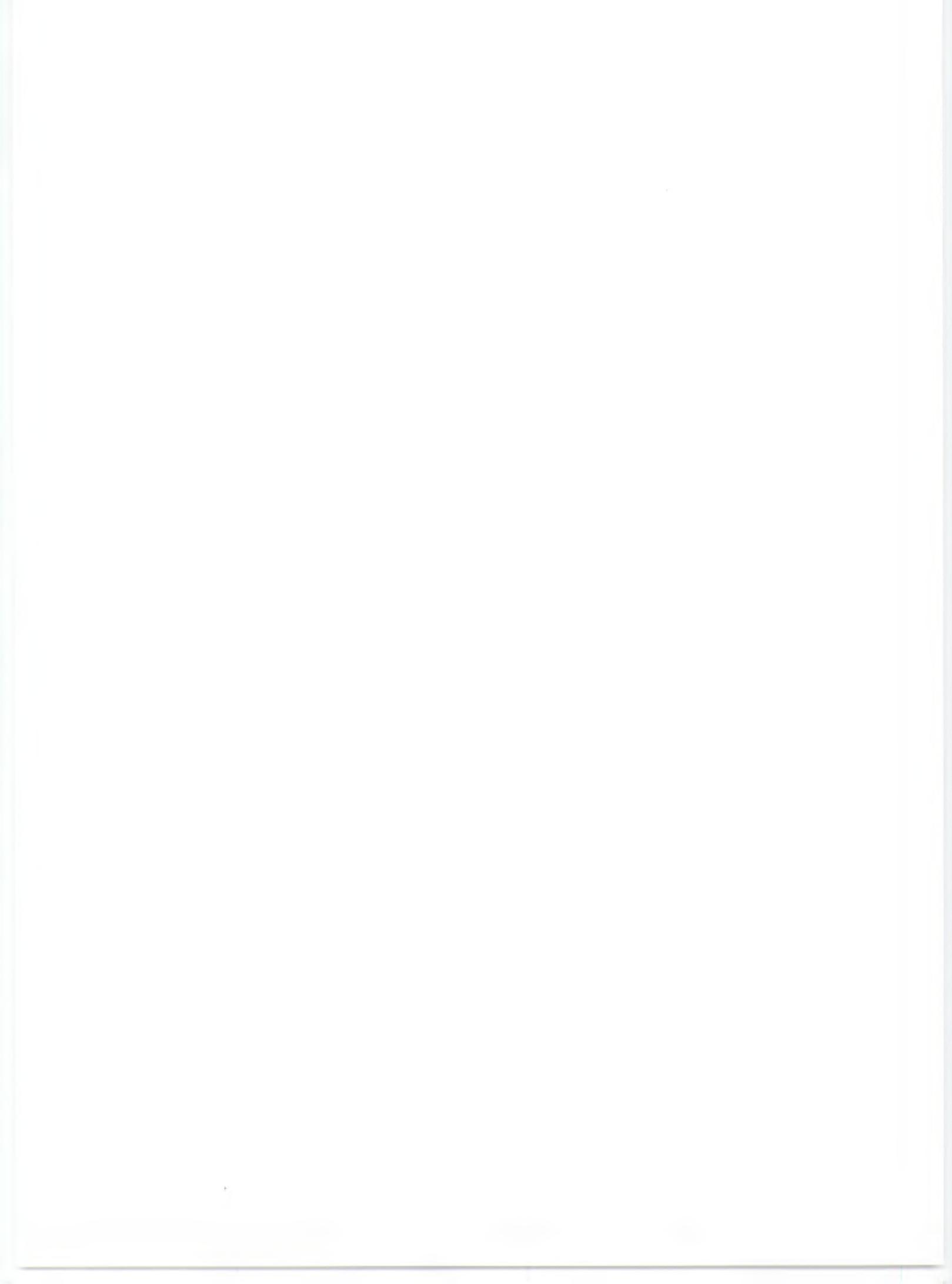
Asaltada la entrada de la casa invadieron todo, y encontraron al Hermano Rafael en el lecho. Con él se ensañaron, y comenzaron a azotarle con nervios de buey, según dice el testimonio escrito.

Dice también que el Hermano reconoció entre quienes le maltrataban a algunos que habían sido alumnos suyos, tanto católicos como protestantes. El, por toda queja, les dijo: «Hijos míos, ¿por qué me tratáis así?, ¿qué os he hecho?»

Después de maltratarle de esa forma, algunos le levantaron en volandas y le tiraron por el balcón. Enfermo como estaba, el golpe de la caída, desde el segundo piso, agravó el mal. Para colmo, cuando ya estaba en el suelo, uno de los asaltantes se acercó a él y le cortó una oreja, que mostró a los demás como trofeo.

Cuando los asaltantes se marcharon, personas piadosas le recogieron y le llevaron al hospital de la ciudad. Pero no superó los daños de las heridas, y a pesar de los cuidados que le prestaron, murió tres días más tarde.







**II - MÁRTIRES
DE MÉXICO - 1914**

LA MUERTE DE LOS HERMANOS DE ZACATECAS

La ciudad de Zacatecas es la capital del Estado del mismo nombre, en el centro de México, sobre el trópico. Está situada en una hondonada formada por cuatro montañas que la circundan: El Grillo, la Bufa, San Francisco y el Capulín.

Los Hermanos llegaron a Zacatecas el 3 de marzo de 1908, a instancias del obispo de la diócesis, Fray José Guadalupe de Jesús Alava y Franco. Eran el Hno. Visitador, el Hno. Adrián, que se haría cargo de la dirección y otro Hermano. Se les destinaba el local llamado "Hacienda de San Juan". Como no estaba aún todo dispuesto, se hospedaron provisionalmente en el Obispado.

El día 21 de marzo llegaron los demás Hermanos que comprendrían la comunidad, y el domingo 5 de abril se inauguró el centro educativo, con el nombre de "Instituto Científico San José". Poco después se comenzó la construcción de un bello edificio para internado, que se inauguró en 1910.

El centro creció rápidamente y alcanzó buen renombre. El internado prácticamente se llenó. La dirección del Hermano Adrián era sabia y prudente, sobresaliendo su paternal solicitud por todos. Y todo iba bien en el centro hasta que las amenazas revolucionarias cayeron sobre el norte del país, y especialmente sobre el estado y la ciudad de Zacatecas.

Debido a estas circunstancias, a partir de 1910 muchas familias se marcharon de la zona, y el número de alumnos, especialmente internos, disminuyó. El 10 de junio de 1914 las tropas revolucionarias sitiaron la ciudad de Zacatecas, como ya lo habían hecho en otras ocasiones, sobre todo en junio de 1913.

Pero en esta ocasión fue distinto. El martes de 23 de junio, tras heroica resistencia, cayó la ciudad en poder de las tropas de Pancho Villa, y una ola de sangre iba a extenderse por Zacatecas. Cuando ya se preveía la caída, el Hno. Director dijo en una ocasión a los Hermanos: "Es la hora de la pasión. Aceptemos con valor esta prueba. La Cruz enarbolada en el Calvario no salva al que no la ha enarbolado en su corazón".

El día 24, fiesta de san Juan Bautista, después de la misa de la comunidad, celebrada muy temprano, un pelotón de revolucionarios invadió el colegio a las siete de la mañana. Iban a hacer un registro, acusando a los Hermanos de haber acogido a soldados federales y de esconder armas. La verdadera razón era el odio a la religión y a la Iglesia Católica. Lógicamente, en el colegio no encontraron nada. Pero en un chamizo que había en el extremo del patio se habían escondido, sin que los Hermanos lo supieran, algunos federales heridos. El Hermano Director pudo demostrar que ni él ni los Hermanos sabían nada de ello.

En el transcurso de la mañana acudieron otros grupos al colegio a realizar nuevos registros. Y a las dos de la tarde se presentó una persona que decía ser un oficial, e intimó a los Hermanos a que se juntaran en el patio con todo el personal que

hubiera en la casa. Luego, sin ni siquiera esperar a los Hermanos, que habían ido a vestir el traje seglar, ordenó al Hermano Adrián que le acompañara ante cierto general Tomás Urbina, que se había instalado en el Hospital Civil. Tanto apremió al Hermano Director, que ni siquiera pudo cambiarse, y tuvo que ir con el hábito religioso. Pero el Hermano Adolfo, que estaba ya en el patio, no quiso separarse del Hermano Director, y se llevaron a los dos.

Cuando los demás Hermanos llegaron al patio, vieron que ya se habían llevado al Hno. Adrián y al Hermano Adolfo. Decidieron ir juntos hasta el Hospital Civil. Al llegar a la puerta los soldados no les permitieron pasar. Tuvieron que regresar al colegio. Algún tiempo después vieron al Hermano Adolfo dirigirse, entre cuatro soldados, al centro de la ciudad, y luego regresar al Hospital.

Más tarde fueron arrestados todos los Hermanos, y llevados ante el General Manuel Chao, que mandó encerrarlos en un cuartucho, sucio y maloliente, de una casa cercana a la estación. Uno de los detenidos dejó este testimonio: "Nuestra prisión fue muy dura. Privados de todo alimento, sin tener siquiera agua para beber... Delante del cuarto en que estábamos presos hallábase una ametralladora al cuidado de un individuo listo para hacerla funcionar... El General Chao nos fue a reprochar que predicábamos, decíamos misa y enseñábamos la doctrina". Evidentemente, ignoraba que los Hermanos no eran sacerdotes.

De lo sucedido a los Hermanos Adrián y Adolfo se sabe poco. Por la tarde llevaron al Hno. Adrián, debidamente custodiado, al Colegio, para que se cambiase de ropa. Sólo encontró al portero, que estaba consternado. Luego volvió a su prisión en el Hospital.

Ciertamente, no habría ni juicio formal ni nada parecido. Por otros casos se sabe que les reprochaban que enseñasen el Catecismo en vez de enseñar las leyes de Juárez.

Mientras tanto, también habían apresado al capellán de los Hermanos, D. Rafael Vega Alvarado, que estuvo atendiendo a los heridos por la ciudad. Los revolucionarios que lo apresaron quisieron matarle allí mismo, pero uno de los jefes lo impidió. Le juntaron a los dos Hermanos ya presos.

Al final de la tarde trasladaron a los tres a una casa que había servido como Círculo de Obreros Católicos, y hacia las 9 de la noche un soldado fue al colegio con una nota del Hno. Director para el portero: "Juan, traiga cobertores. ¿Dónde están los demás Hermanos? Hno. Adrián María". Pero el soldado desapareció y Juan se quedó sin saber a qué dirección había que llevar las mantas.

Según todos los indicios, aquella misma noche los debieron sacar para llevarlos hacia uno de los cerros de las afueras de la ciudad.

A los demás Hermanos los tuvieron presos hasta el día 27, sábado, con frecuentes amenazas de fusilarlos. Los dejaron en libertad provisional. El cónsul francés, que los visitó y pudo hablar con ellos a través de una reja, les había prometido ayuda.

Cuando regresaron al Colegio nadie sabía nada del paradero de los Hermanos Adrián y Adolfo, ni tampoco del capellán. Se temían lo peor.

Comenzaron a llegar rumores de que habían visto tres cadáveres en la cuesta de la Bufa. Pero era peligroso aventurarse hasta allí. Con todo, varias personas decidieron sortear el peligro y subieron hasta la Bufa el domingo 28. A mitad del camino que lleva al santuario que hay en el cerro, encontraron los tres cuerpos. El capellán en el centro, y el Hno Adrián, a su derecha, habían recibido ráfagas de disparos en el pecho. El Hno. Adolfo, a la izquierda, tenía las heridas en la cabeza.

Con la veneración que infundían aquellos testigos de la fe, pusieron los cuerpos en tres féretros y a hombros los bajaron hasta el Panteón de la Purísima, donde los depositaron. Luego se lo comunicaron a los Hermanos.

El 29 de junio, los Hermanos fueron de nuevo detenidos y encerrados en un vagón de transporte, sin provisiones y sin ropa. El día 30 salieron expulsados, y el 11 de julio llegaron a la frontera de El Paso, Texas, donde quedaron libres.



Tumba de los mártires en el panteón de la Purísima, en Zacatecas.



**HERMANO ADRIEN-MARIE
(CHARLES-ALPHONSE ASTRUC) - 1860-1914**



Carlos Alfonso Astruc nació el 4 de junio de 1860, en Marvejols, en el actual departamento de Lozère (Francia). Era la antigua capital del Gevaudan.

Sus padres, Juan Astruc, carpintero de oficio, y Vitoria Thomé, le educaron muy cristianamente, y la prueba es que en la familia florecieron las vocaciones religiosas, con tres Hermanos de las Escuelas Cristianas y una Ursulina.

Carlos frecuentó en su pueblo la escuela de los Hermanos del Sagrado Corazón. Pero su vocación se orientó hacia nuestro Instituto merced a que en el balneario de Mazel, a donde tuvo que acudir porque se había tragado una aguja, se encontró con el Hno. Gombert-Marie, de las Escuelas Cristianas, y en el trato seguido de varios días floreció el deseo de ser como aquel Hermano. Y con él se fue al Noviciado Menor de París, en la Casa Madre de la calle Oudinot, en el que ingresó el 8 de septiembre de 1874.

Inició el postulante el 12 de septiembre de 1876, en el Noviciado, del que era Director el Hno. Alban-Joseph. El 24 de septiembre de 1877 tomó el Hábito, recibiendo el nombre de Hermano Adrien-Marie. El 8 de septiembre de 1878 pronunció sus primeros votos.

Comenzó a ejercer su apostolado en el Noviciado Menor, bajo la dirección del Hno. Pierre-Célestin, y fue recorriendo sucesivamente todas las clases.

En 1885 fue enviado al recién fundado Noviciado Menor de Vals, y poco después pasó a la escuela de Puy. En la capilla del internado de esta ciudad emitió su profesión perpetua el 28 de agosto de 1888.

En 1890 estuvo en el Segundo Noviado de Athis-Mons, bajo la dirección del Hno. Réticius. Al terminarlo fue destinado a la clase de mayores del internado de Beauvais, y tres años después, pasó como subdirector de la comunidad de San Ambrosio, en París.

En 1901 fue con el mismo cargo a San Nicolás de Buzenval, en momentos en que ya se vislumbraban los negros nubarrones que se cernían sobre las congregaciones religiosas en Francia.

Cuando estalló la tormenta, en 1904, el Hno. Adrián poseía diplomas en inglés y en español, y se encontraba en el colegio de Francs-Bourgeois, en París. No dudó en ofrecerse a los superiores para ir a ejercer el apostolado lejos de la patria. Y así, el 4 de noviembre de 1905 se embarcaba en el Havre, junto con el Hno. Jebert, nombrado visitador de la nueva provincia mexicana, y otros dos Hermanos, con destino a Veracruz. Llegaron el 1 de diciembre de 1905. De allí viajaron hasta la ciudad de México, y lo primero que hicieron fue visitar el templo de Nuestra Señora de Guadalupe, para poner bajo su protección su actividad en el nuevo destino.

El Instituto ya poseía diversas casas en México, y con la llegada de nuevos Hermanos de Francia se pudieron reforzar y abrir nuevos centros educativos. Así, el Hno. Adrián, después de corta estancia en el Instituto Científico del Sagrado Corazón, en Morelia, y otra breve estancia en México, fue destinado a Zacatecas como director.

En este cargo se esmeró por ser ejemplo de regularidad y por el tierno cariño hacia todos sus Hermanos. Su piedad, su celo en la educación de los alumnos, su fervor en el catecismo... Son recuerdos que quedaron grabados en cuantos le conocieron.

Los disturbios políticos que azotaron el país desde 1910, con alardes revolucionarios en los que la religión y la Iglesia se consideraban enemigos de las nuevas ideas, tuvieron en Zacatecas particular virulencia y se hicieron sentir en el colegio en los años siguientes, ya que muchas personas tuvieron que huir de la zona. Desde enero de 1913 se tuvo que suprimir, por ese motivo, el internado.

En mayo de 1914 viajó el H. Adrián por última vez a la capital. El día 21 de ese mes acompañó a dos alumnos del colegio al Noviciado Menor. Sabiendo las particulares dificultades que se daban en Zacatecas, alguien le recomedó salir del país. El respondió: «¿Qué es lo que usted dice? Yo soy jefe; mi puesto está a la cabeza de mi familia religiosa en el momento del peligro»

El día 28 de mayo emprendía el regreso a Zacatecas.

Después los acontecimientos se precipitaron con la toma de la ciudad de Zacatecas por las tropas de Pancho Villa, el 23 de junio. El Hermano Adrián, director del Colegio, fue detenido, junto con el Hno. Adolfo, que no quiso apartarse de su superior. En la noche del 24 de junio fueron fusilados, junto con el capellán del Colegio, P. Rafael Vera Alvarado, en un monte cercano a la ciudad.

**HERMANO ADOLFO FRANCISCO
(JUAN FRANCISCO TEÓFILO GILLES)
1869-1914**



Juan Francisco Teófilo fue el hijo mayor del matrimonio formado por Juan Gilles y Francisca Rosalía Talagrand. Nació en Cubières (Lozère, Francia), donde sus padres tenían arrendadas unas tierras, pero pasó los primeros años de su vida en la cercana localidad de Cubirette.

Sus padres tenían profundas raíces cristianas, y en el pueblo había un santo sacerdote, que muchos comparaban con el Cura de Ars. En ese ambiente no fue difícil que floreciera la vocación religiosa de Juan Francisco.

Pasó unos meses en el colegio de los Hermanos en Luc, para probar su vocación, y muy pronto el Hno. Director advirtió las excelentes cualidades del muchacho para la vida religiosa. Así que concertó con sus padres el ingreso de Juan Francisco en el Noviciado Menor, que tuvo lugar el 4 de mayo de 1883.

Después de tres años de estudios, inició el Noviciado el 5 de septiembre de 1886, recibiendo el hábito religioso y el nombre de Adolphe-François, Adolfo Francisco.

En 1888 pronunció sus primeros votos, y luego tuvo un año de estudios para obtener el Diploma de enseñanza. Una vez obtenido, fue destinado al Internado de Passy, donde permanecería 20 años, interrumpidos por la etapa del servicio militar.

En efecto, de 1890 a 1893 el Hno. Adolfo formó parte del regimiento de Zuavos argelinos. Y desde entonces muchos le llamaban cariñosamente "Zu", que más tarde, ya en México, sería "Zuavo".

De su etapa del servicio militar conservó siempre el andar decidido, la mirada viva y una singular habilidad para afrontar cualquier apuro.

Emitió los votos perpetuos el 24 de agosto de 1898.

Las dificultades que a comienzos del siglo surgieron en Francia para las congregaciones religiosas y especialmente para las dedicadas a la educación, forzaron al Internado de Passy a trasladarse al otro lado de la frontera belga, en Froyennes. Allí pasó también el Hno. Adolfo.

Teniendo que enseñar español, se trasladó en julio de 1909 a España, para estudiar la lengua. Pero al llegar a Barcelona, precisamente el 26 de julio, acababa de estallar la revolución que se conocería con el nombre de Semana Trágica. El Hno. Adolfo, sin saber nada, bajó del tren y salió de la estación con su maleta, vestido con su hábito, camino del Colegio Bonanova. El populacho, que estaba amotinado cerca del lugar, al ver a un fraile, se fueron derechos a por él. Le arrancaron la maleta y se la abrieron, ante el estupor que sentía, al desconocer lo que ocurría. Se salvó porque en aquellos momentos pasó un carro lleno de víveres, y el populacho se olvidó del buen fraile para apoderarse de las mercancías... Una persona de buena voluntad, que conocía a los Hermanos, le dijo: "Hermano, no siga a la ciudad, vuelva a la estación y tome un tren para Madrid". El Hno. Adolfo tomó su maleta como pudo y entró de nuevo en la estación, justo en el momento en que salía un tren hacia Reus y Madrid... Eso le salvó.

Estuvo dos meses en Madrid y ya no regresó a Froyennes, pues el Hno. Asistente Allais-Charles le mando que pasara al Noviciado Apostólico de Caluire, donde un grupo de Hermanos se dedicaba al estudio intensivo del español, con el fin de ir luego a países de América.

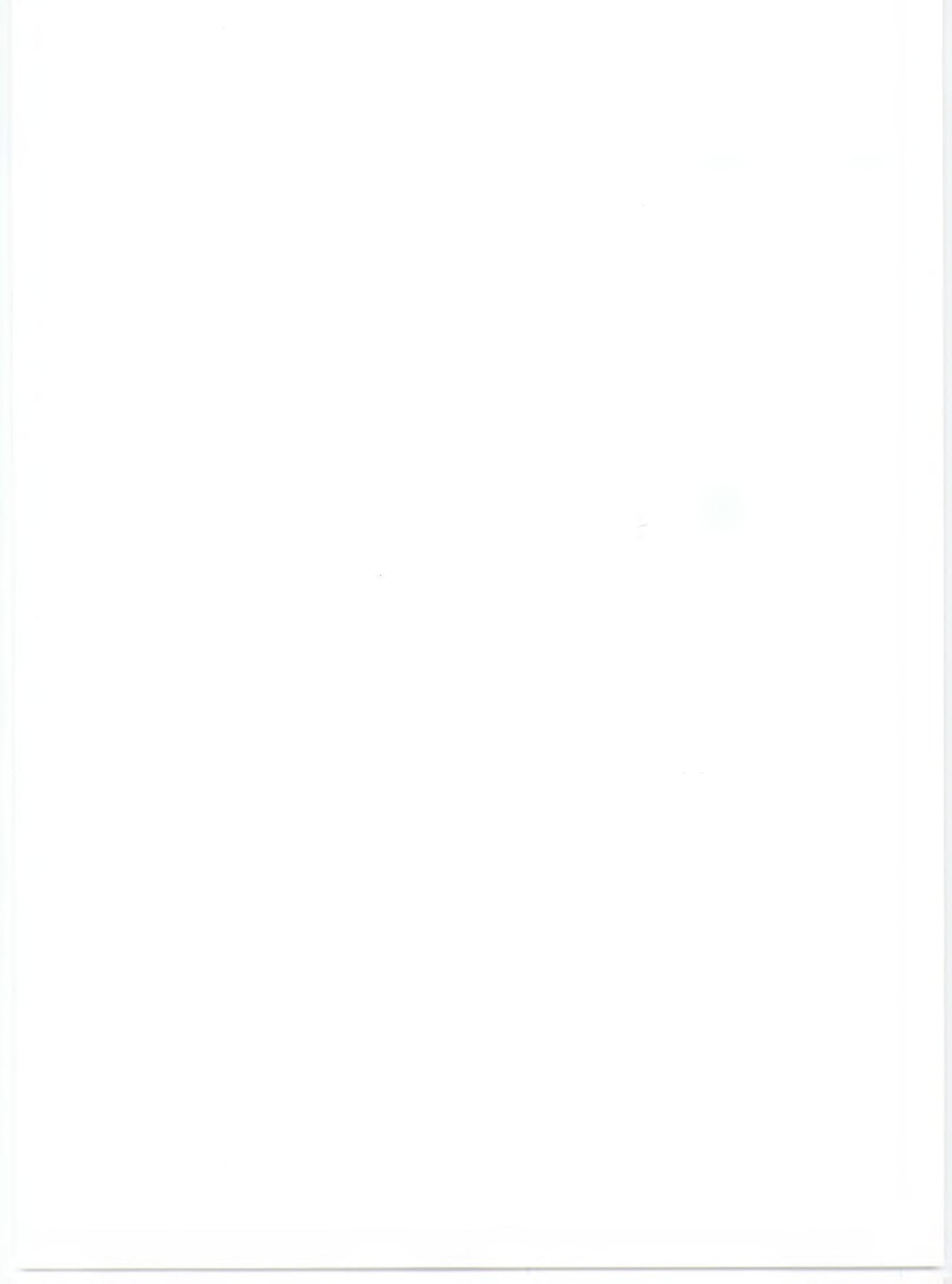
Así fue como el Hno. Adolfo se embarcó el 23 de noviembre de 1909 en Barcelona, con destino a México. El 23 de diciembre llegaba a Veracruz con otros compañeros de apostolado.

Fue destinado a Zacatecas, donde encontró como director al Hno. Adrián Astruc, a quien había tenido de profesor en el Noviciado Menor.

En Zacatecas, el Hno. Adolfo tuvo el cargo de Prefecto, que desempeñó con admirable competencia. Estableció la Congregación del Sagrado Corazón, para los alumnos más generosos. Encontró, sin embargo, algunas dificultades, pues queriendo imponer una disciplina semejante a la que él había vivido en Passy, durante tantos años, no siempre las circunstancias lo propiciaban. Pero nunca se desanimó: "Hay dificultades; pues bien, tendremos el gusto de vencerlas", solía decir.

Cuantos le conocieron han dejado testimonios de su generosidad, afabilidad, entrega sin medida a los demás, de su disciplina, de su trabajo, de su piedad, de su celo...

Así transcurrió en Zacatecas sus últimos de años de apostolado el Hno. Adolfo, hasta que la toma de la ciudad por las tropas de Pancho Villa, el 23 de junio sembraran el dolor y la muerte. En la noche del 24 de junio, fue fusilado por las milicias revolucionarias, que se habían distinguido por el odio a la religión y a la iglesia, en un monte cercano a la ciudad. Compañeros de martirio fueron su Hermano Director Adrián Astruc, y el capellán del colegio, P. Rafael Vega Alvarado.





**III - MÁRTIRES
DE ESPAÑA - 1934-1938**



LA PERSECUCIÓN RELIGIOSA EN ESPAÑA ENTRE 1936 Y 1939

¿Cómo pudo ocurrir en España, transcurrido un tercio del siglo XX, la tragedia que supone que se desencadenase una persecución religiosa que causó millares de víctimas de obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, aparte de millares de católicos convencidos, y la destrucción y profanación masiva de templos, objetos y lugares sagrados, obras de arte religiosas, etc., etc., etc.?

Desde la atalaya que supone el final del siglo, difícilmente se puede explicar, y menos aún comprender. Los estudios históricos sobre este hecho desbordan las bibliotecas, no sólo en España, sino también en otras naciones.

Al presentar el ramillete de 165 Hermanos de las Escuelas Cristianas que murieron víctimas de esa persecución, es imprescindible ofrecer los datos que permitan hacerse una idea de la situación y del momento histórico. Sólo por este motivo incluimos esta breve introducción, recogiendo datos, en forma sintética, que permitan al lector valorar debidamente lo que después leerá en los resúmenes biográficos que siguen sobre cada Hermano.

1. Antecedentes históricos.

• *El anticlericalismo* es fenómeno que muchas naciones han vivido desde hace siglos. En España también existió, y se dejó notar de manera particular desde el siglo XVII.

Pero se exacerbó de modo singular en la segunda mitad del siglo XIX, y concretamente desde 1868, como consecuencia de la revolución y de las disputas surgidas sobre libertad religiosa.

Desde muchos frentes surgieron ataques contra la Iglesia, el clero y las órdenes religiosas. Desde la literatura, el teatro, las publicaciones... se fue creando un clima de hostilidad contra los sentimientos religiosos. Evidentemente, no era el pueblo la fuente de esta animosidad, sino grupos de "intelectuales" y personas influyentes, que dedicaron sus esfuerzos a propagar tales ideas.

• La tendencia anticlerical de esas personas, se fue extendiendo y caló en determinadas capas sociales. Y se prolongó a través del tiempo, pasando al siglo XX.

La situación política y social de España en la primera parte del siglo XX no se puede comprender sin tener en cuenta esa tensión entre sentimientos religiosos y anticlericalismo.

2. La implantación de la República.

• Puede parecer paradójico, pero las dos tendencias señaladas

tomaban cuerpo en el terreno socio-político confundiendo al grupo anticlerical con los defensores de las ideas republicanas, y a los seguidores de la religión con los de la monarquía. Lo cual no era ni lógico ni exacto, porque había muchos católicos convencidos defensores de la República, y una cosa era el sentimiento religioso y otra el régimen político.

Pero la realidad no siempre va unida a la lógica. Fue el caso de España. Dentro de ese clima social de tensión entre ambas ideas, se llegó al año 1931.

• El 12 de abril de 1931 hubo elecciones municipales (para elegir a los alcaldes y concejales de cada localidad). La victoria conjunta fue de las derechas (es decir, los monárquicos), pero en las grandes ciudades ganaron las izquierdas (los republicanos).

El 13 de abril hubo muchas agitaciones callejeras, promovidas por las izquierdas reclamando la victoria, y el 14 de abril, los grupos republicanos decidieron proclamar la II República.

Ante este hecho consumado, el Rey Alfonso XIII, para evitar un enfrentamiento de los dos grupos sociales, optó por salir para el destierro.

• La Iglesia, es decir, el conjunto católico—jerarquía, sacerdotes, laicos—, no se opuso al advenimiento de la República. Simplemente lo admitió, aunque en el fondo, era claro que no lo apoyaba con entusiasmo, aunque an algún momento sí hubo abierta colaboración. Podría decirse que era una actitud de respeto.

3. La actuación de la República contra los católicos.

• *a/ Las quema de iglesias, conventos y escuelas.*

Apenas un mes después de implantarse la República surgieron alarmantes síntomas de vejaciones contra los católicos.

En efecto, los días 11 a 13 de mayo se produjeron numerosas manifestaciones violentas promovidas desde los grupos republicanos, cuyo efecto fueron los asaltos, saqueos e incendios de numerosas iglesias, monasterios, conventos y escuelas en diversas localidades, pero sobre todo en Madrid, Valencia Alicante, Murcia, Sevilla, Málaga y Cádiz.

En Madrid, concretamente, incendiaron nuestro colegio de Las Maravillas, que quedó totalmente destruido.

Lo llamativo de todos estos desmanes es que se realizaron sin que las fuerzas del orden lo impidieran, estando previamente avisadas de lo que iba a ocurrir. Los gobernantes, de ese modo, se hacían cómplices de lo ocurrido. Algunos historiadores hasta insinúan que las algaradas fueron provocadas y alentadas por algunos de ellos.

• *b/ Repetición de los atropellos contra los católicos.*

Lo ocurrido en mayo en algunas ciudades no fue un hecho aislado.

– En enero de 1932 se repitió en Zaragoza, Córdoba y Cádiz;

- En abril, en Sevilla;
- En julio, en Granada;
- En octubre, en Cádiz, Sevilla y Granada.

Dos obispos, el de Vitoria y el de Toledo, Cardenal Segura, fueron desterrados.

• **c/ Resultado de estas acciones violentas.**

Ante la pasividad (o complicidad) de los gobernantes republicanos en todos estos ataques contra la religión, el efecto fue que el pueblo católico se fue distanciando de la República. Y progresivamente pasaron de considerarla con indiferencia a mirarla como enemiga.

• **d/ La nueva Constitución y la religión católica:**

Apenas instaurada la República, se celebraron las elecciones generales, el 28 de junio, y ganaron las izquierdas. El nuevo Parlamento comenzó a elaborar otra Constitución.

Las propuestas contenidas en ella eran un descarado ataque a todo lo religioso y particularmente contra la Iglesia. Entre ellas, la supresión de las Ordenes Religiosas y la prohibición de enseñar a las Congregaciones religiosas, etc.

Aunque las propuestas fueron suavizadas en los debates, quedaba clara la tendencia antirreligiosa.

El efecto de esta Constitución, aprobada el 9 de diciembre de 1931, fue enquistar aún más los ánimos del pueblo creyente contra la República.

• **e/ Propuesta de Leyes antirreligiosas desde el Gobierno.**

Aprobada la Constitución vinieron las Leyes para aplicarla. Entre otras, las siguientes:

- El 6 de enero de 1932 se ordenaba retirar de las escuelas todos los signos religiosos.
- El 24 de enero fue disuelta la Compañía de Jesús.
- El 2 de febrero se secularizaban los cementerios y se aprobaba el divorcio.
- El 11 de marzo se suprimía la enseñanza religiosa en las escuelas.
- El 17 de mayo se aprobaba la Ley de Asociaciones y Congregaciones religiosas, que de hecho imposibilitaban a los órdenes religiosos el ejercicio de su ministerio. Además se limitaba el culto y quedaba sometido a las autoridades civiles.

«Los republicanos católicos nos sentimos engañados por no haber respetado la República nuestros sentimientos y haber faltado a sus promesas», dijo el diputado catalán Carrasco Formiguera.

• **f/ Victoria de las derechas e intentos de golpe de Estado.**

Disueltas las Cortes que elaboraron la Constitución el 10 de octubre de 1933, hubo nuevas elecciones, que se celebraron el 19 de noviembre de 1933. La victoria fue de las derechas.

El 8 de diciembre se constituyeron las nuevas Cortes o Parlamento, y hubo un intento de revolución anarcosindicalista para implantar el comunismo. Comenzó en Aragón y siguió por La Rioja, y por parte de Andalucía, Galicia y Valencia.

El intento no triunfó, pero produjo mucho malestar.

En los meses de enero y febrero de 1934 se produjeron numerosas huelgas, desórdenes, atracos e incendios de algunas iglesias, y el clima fue empeorando en la primavera y en el verano.

En 4 de octubre hubo una huelga general, unida al movimiento revolucionario en toda España. Sólo tuvo duración en Asturias y Cataluña.

Ya se esperaba que iba a ocurrir algo importante, porque en

muchas publicaciones de izquierdas se anunciaba, pero no se sabía qué. En los últimos meses se habían intensificado las amenazas.

• **g/ La revolución de Asturias en 1934.**

«La sublevación de Asturias en octubre de 1934 fue un intento en regla de ejecución del plan comunista de conquistar España» (Gregorio Marañón, Obras Completas, IV, p. 378. Espasa-Calpe, Madrid, 1968).

Este juicio del insigne escritor es compartido por muchísimos historiadores. Existía, y pocos lo ponen hoy en duda, un plan para convertir a España en satélite de Rusia, a través de los movimientos de izquierda, y especialmente del partido comunista. La sublevación, que también se conoce como “revolución”, estaba planificada, pero fallaron algunos puntos clave de coordinación, por lo cual sólo Cataluña y Asturias resistieron algún tiempo. Cataluña se rindió al ejército a las pocas horas; pero Asturias, aun viendo que se había quedado sola, resistió más tiempo, después de cometer verdaderas atrocidades. En efecto, fueron asesinados 33 sacerdotes y religiosos, se destruyeron iglesias y signos religiosos, se bombardeó la catedral, en la que se habían refugiado algunos guardias civiles, se quemó el palacio episcopal y el seminario...

Víctimas de esta Revolución fueron los ocho Hermanos de la comunidad de Turón con el sacerdote pasionista residente en Mieres, P. Inocencio, que aquel día 5 de octubre estaba en el colegio. Los mataron el día 9.

El 18 de octubre, los jefes de la revolución escaparon como pudieron, al ver que tenían todo perdido. El 19, el ejército entró en la capital de la región sin disparar un solo tiro.

Salvador de Madariaga, que fue ministro de la República, comentó más tarde en sus memorias: «Con la Revolución de 1934, la izquierda española perdió hasta la sombra de autoridad moral para condenar la rebelión de 1936» (España. Ensayo de Historia Contemporánea, p. 363).

• **h/ Resultado de la Revolución de 1934**

El principal efecto de la Rebelión de Asturias, que en principio debiera haberse realizado en toda España, fue enrarecer más aún el ambiente social y político. Los partidos de izquierdas, sobre todo los comunistas y socialistas, presentaron a los derrotados como las víctimas del poder abusivo... y la culpa de todo, la tenía la derecha y especialmente la Iglesia... El odio más irracional e irreflexivo se fue apoderando de muchas personas de izquierda, al paso que los partidos de izquierda se iban organizando e incluso armando para una revancha...

Es decir, la situación empeoró de manera general.

4. ¡No fue posible la paz...!

• **El “frente popular” y su ofensiva antirreligiosa.**

El 16 de febrero de 1936 hubo nuevas elecciones generales, y dieron la victoria al “frente popular” formado por republicanos, socialistas, comunistas, sindicalistas y Partido Obrero de Unificación Marxista.

Desde aquel día se incrementó la provocación desde el “frente popular” contra la Iglesia y en general contra todos los católicos. Desde febrero a julio se fomentó la prensa anticlerical y la lucha contra los “fascistas”. En esos cinco meses ardieron centenares de iglesias, edificios y lugares del culto fueron incautados, muchos otros saqueados o expropiados por los ayuntamientos.

Numerosos sacerdotes fueron amenazados y tuvieron que refugiarse en sitios seguros. Se impedían los actos religiosos, se profanaron cementerios y tumbas; se profanaba la eucaristía, se robaban los vasos sagrados, se hacían parodias teatrales de actos religiosos, etc. Se destrozaban imágenes religiosas, o se simulaba un fusilamiento de las mismas... Los sacerdotes asesinados en estos meses fueron 17, y fueron numerosos los que sufrieron malos tratos y palizas. En resumen: se creó un auténtico estado de terror para los creyentes.

• *El "Levantamiento Nacional"*

Los desmanes, que no tenían ningún seguimiento ni sanción por parte de las autoridades, y que en muchas ocasiones eran alentados o cometidos por ellas, estaban a punto de rebosar. Y llegó el momento.

El 14 de julio, como uno más de los crímenes impunes, miembros enviados por el gobierno detenían a media noche y asesinaban al jefe de la oposición, José Calvo Sotelo. Fue la gota que colmó la paciencia. Un sector del ejército se sublevó y se alzó contra la República. En realidad, se levantaba contra el sistema que había llegado a consentir y a establecer aquella situación insostenible. Muchos creían que se trataba de una broma, de algo pasajero, pero no fue así. Fue un levantamiento que día a día ganó adeptos, y que dividió a España en dos zonas enfrentadas por una guerra cruel. A los sublevados se les llamaba "nacionales", a los republicanos "rojos". Y durante tres años (18 de julio de 1936 al 1 de abril de 1939) prosiguieron las batallas, ganando palmo a palmo el espacio dominado por el otro bando.

5. La persecución religiosa.

En la zona "nacional" muy pronto se restableció el orden y desapareció el terror de los meses anteriores. La gente se sentía realmente "liberada".

Pero en la zona republicana se incrementó la persecución ya ensayada, y se hizo sistemática. La consigna era destruir la Iglesia, eliminando a todas las personas que la simbolizaban, sobre todo los sacerdotes, los religiosos y las religiosas. Pero no sólo a ellos: había que eliminar cualquier signo religioso, tanto en los lugares de culto, como en los hogares.

Comenzó la caza sistemática de "curas", "frailes" y "monjas", y al mismo tiempo de todo católico que se hubiera distinguido por su fe. Para ellos todos eran "fascistas".

La persecución se planificó minuciosamente: desde las organizaciones de izquierda la primera consigna fue la de constituir en cada localidad un Comité Revolucionario, el cual, sabiendo que nadie les pediría responsabilidad de los crímenes que cometiera, había de buscar y detener a todas esas personas. Luego, matarlos. En ocasiones, muy pocas, se hacía un simulacro de juicio, cuyo tribunal lo formaban los mismos miembros del Comité. Ser sacerdote, religioso o religiosa era motivo de pena de muerte.

Previamente todos los Comités habían recibido armas, que se distribuyeron entre los militantes de las organizaciones del

"frente popular", es decir los "milicianos". Estos eran los encargados de ejecutar las órdenes.

Como muchas personas consiguieron esconderse o escapar momentáneamente a sus manos, se prohibió dar alojamiento o asistencia en la propia casa a cualquier "cura" o "fraile", so pena de muerte.

Fueron tiempos de verdadero terror para aquellas personas que no sabían qué hacer, dónde ir, o dónde encontrar cobijo. Era imposible salir al extranjero, porque se necesitaba un pasaporte, y sólo lo daban los Comités Revolucionarios. A la mínima sospecha, la amenaza de muerte era segura.

Los milicianos, con la autoridad que ellos mismos se habían dado, registraban a las personas, en plena calle o en sus casas; irrumpían en los domicilios en cualquier momento, buscando a los "escondidos", requerían la documentación, vigilaban las carreteras, las oficinas, las estaciones, los caminos, el campo... Cuando encontraban un sospechoso, lo detenían. Si tenían indicios de que era un "cura", lo mataban. De ordinario lo hacían por la noche, en lugares apartados. Luego avisaban a la Cruz Roja por teléfono, que en tal lugar había un cadáver, que lo recogieran.

A muchos los desfiguraban después de muertos, para impedir que fueran reconocidos. A otros los quemaban con gasolina.

En el mes de agosto, en algunas ciudades "sacaban" (la palabra "saca" designó el acto de llevar los presos a la muerte) a un grupo de presos y los asesinaban en algún paraje alejado y solitario, donde se había preparado previamente una fosa. Los "sacaban" en grupos: diez, veinte, cuarenta... a veces, hasta doscientos.

Así es como en la zona republicana, desde el 18 al 31 de julio murieron asesinados 861 sacerdotes, y en el mes de agosto hubo 2.077 asesinatos de personas consagradas.

Después siguieron cayendo, pero en menor número, porque algunos habían conseguido escapar y ya apenas quedaban personas que matar.

Pero las cifras totales de sacerdotes, religiosos y religiosas asesinados en la zona republicana, exclusivamente por el motivo de su carácter sagrado, es escalofriante: se han contabilizado 6.832. De ellos 4.184 eran del clero secular (doce obispos, un administrador apostólico, y los demás sacerdotes y seminaristas), 2.365 religiosos y 283 religiosas. No es posible ofrecer cifras, ni siquiera aproximativas, de los seglares católicos que murieron por motivo de fe. Pero fueron muchos miles.

Con el final de la guerra civil, el clima se serenó. El terror había desaparecido.

Muchas organizaciones hicieron todo lo posible por encontrar y reconocer los restos de las personas que habían muerto por la fe. El sentimiento popular los consideraba como "mártires".

J.M.V.

1. – LOS BEATOS HERMANOS MÁRTIRES DE TURÓN

9 DE OCTUBRE DE 1934

1. - SITUACIÓN SOCIO POLÍTICA EN 1934

La situación político-social de España en 1934.

El año 1934 fue turbulento para la política española. La revolución rusa era un modelo para muchos movimientos políticos que deseaban apoderarse del poder. El socialismo y el comunismo se extendió con rapidez y, abiertamente, en mítines y en publicaciones, se excitaba a las masas a lanzarse a la revolución, tomando venganza de todos «los opresores». El odio y la lucha de clases era avivado por muchos políticos y gobernantes de las llamadas izquierdas. Característica general de las proclamas era el ataque a la religión y a los símbolos religiosos.

En el ambiente se advertía que pronto o tarde habría un intento revolucionario para apoderarse del poder por la fuerza, y se adivinaba que habría un ataque fiero contra los católicos, y especialmente contra las personas de sacerdotes y religiosos. Antes de llevar a cabo la revolución programada, los dirigentes de la misma decidieron un ensayo en Cataluña y en Asturias que, si prosperaba, se extendería inmediatamente a toda la nación. La región de Asturias era una zona predominantemente minera, en el norte de España, con una población de inmigrantes, desarraigados de su tierra de procedencia. Fue un medio donde los grupos dichos de izquierdas se habían organizado con mucha fuerza.

El intento programado de «revolución».

El inicio de la «revolución de Asturias» estaba previsto para octubre, con la proclamación de la huelga general. La planificación se había hecho desde las direcciones nacionales de los movimientos y organizaciones implicados; se habían constituido comités revolucionarios en todas las localidades, y se repartieron clandestinamente numerosas armas entre los afiliados a dichas organizaciones.

El día 5 de octubre se iniciaba en el ámbito nacional la huelga general, y en Asturias y Cataluña la «revolución». Contaban con que serían secundados rápidamente por las demás regiones.

Pero en Cataluña el intento revolucionario duró muy pocas horas. En Asturias, en cambio, se prolongó dos semanas. El momento señalado para iniciarla era la medianoche, y la señal, varias explosiones de dinamita, en diversos lugares, cosa que nadie extrañaría debido a su habitual uso entre los mineros.

La «revolución de Asturias».

Dada la señal, todos los comités iniciaron la acción prevista: apoderarse de los cuarteles de las fuerzas del orden, confiscar las armas, tomar los edificios principales, asumir el mando de la población y del abastecimiento..., y encarcelar a todos las

personas peligrosas, entre los cuales contaban los sacerdotes, religiosos y católicos más representativos.

Aunque en general los dirigentes de la revolución quisieron dominar la situación, ésta los desbordó, y al amparo de la misma se cometieron muchos desmanes y atropellos. Tal vez no se intentaba llegar al asesinato de personas consagradas, pero los grupos enardecidos adoptaron en muchos casos decisiones por su cuenta.

El caso es que en los quince días que duró el intento revolucionario fueron asesinados en Asturias 33 sacerdotes y religiosos: 10 sacerdotes seculares, 6 seminaristas, 8 Hermanos de las Escuelas Cristianas, 3 Pasionistas, 3 Paúles, 2 Jesuitas y un Carmelita. El más anciano contaba 71 años y el seminarista más joven, 16. La mayor parte de estas muertes se realizaron de forma premeditada y en algunos casos, increíblemente cruel. Muchos sacerdotes y religiosos, entre ellos los Hermanos de otras comunidades de Asturias, se salvaron escondiéndose en casas de familias amigas o huyendo a través de los montes. Aparte de las muertes, fueron destruidas 17 iglesias: 7 en la capital, Oviedo, y 10 en diversos pueblos.

2. - EL MARTIRIO DE LOS HERMANOS

Los Hermanos de Turón.

Turón es un pequeño pueblo minero junto a la cuenca del Aller, a unos 20 km de la capital de la región, Oviedo, y a unos 6 km de otra localidad minera mucho más importante, Mieres. Los Hermanos tenían escuelas gratuitas en 12 localidades de la zona, y algunas muy cercanas a Turón, como Mieres, Ujo y Bustiello, desde hacía bastantes años. Acogían sobre todo a los hijos de los mineros. En Turón había 8 Hermanos, uno de ellos, para atender la cocina. Cuatro tenían menos de 26 años. El Director, el de más edad, tenía 46. Seis de ellos llevaban en Turón un año, uno seis meses, y otro sólo 20 días.

Las fuerzas socialistas y comunistas de la zona, así como la logia masónica de la localidad, se habían enfrentado varias veces al colegio, por razón de la labor apostólica y de formación religiosa que desarrollaban con los niños y jóvenes, tanto en clase como después de las horas de escuela. Su mayor deseo hubiera sido destruirla.

Encarcelamiento de los Hermanos.

El comité revolucionario de Turón comenzó su labor a la media noche del día 4 de octubre. A las cinco de la mañana ya habían detenido al Director y a otros responsables de la Empresa Hulleras del Turón. A las seis detuvieron a los tres sacerdotes del pueblo. Poco después a otras personas de reconocidas creencias católicas.

Los Hermanos se habían levantado y se preparaban para comenzar la oración comunitaria. Estaba con ellos el P. Inocencio, pasionista de Mieres, que el día anterior había acudido a confesar a los alumnos para prepararlos al primer viernes del mes. La cuñada de uno de los sacerdotes detenidos corrió en seguida a casa de los Hermanos para avisarles de que había estallado la revolución y que habían encarcelado a los sacerdotes: les aconsejaba que huyeran cuanto antes, pues también irían a buscarlos. Se lo dijo al Hermano que preparaba en la capilla el altar para la santa misa. Este subió a avisar a los demás Hermanos. Con cierto temor decidieron celebrar inmediatamente la santa misa, oficiada por el P. Inocencio, y luego tomarían precauciones.

Estaban en el ofertorio cuando oyeron un griterío a la puerta del colegio. Comenzaron a dar golpes para que abrieran. Era un grupo de revolucionarios, armados de escopetas. Ante tal situación, el celebrante propuso consumir entre todos la reserva eucarística, para evitar profanaciones, y así lo hicieron. Seguía el griterío y los golpes. Un Hermano fue a abrir la puerta y el jefe del grupo dijo que querían registrar la casa en busca de armas. El Hermano dijo que iba a avisar al Director. Pero todo el grupo se abalanzó y entró en la casa, registrando todas las clases. Luego subieron al piso superior, donde estaban ya los Hermanos en sus habitaciones. Los hicieron salir y registraron cada rincón. No encontraron nada de lo que buscaban; tan sólo la lista de la juventud católica, que funcionaba en el Colegio. Durante el registro destrozaron muchas cosas. Acabado éste, les dijeron que quedaban detenidos y sin dejarles coger nada los llevaron a la llamada «Casa del Pueblo», donde ya estaban las personas detenidas anteriormente.

Los tuvieron encerrados cuatro días. El primero estuvieron ellos solos en una sala, y no les dieron de comer. Al día siguiente les llevaron comida desde el pueblo, encargada por el director de la Empresa, y pasaron a la misma sala a los tres sacerdotes. Los Hermanos desde el primer momento intuyeron que los iban a matar, aunque en algunos momentos abrigaban la esperanza de que los dejarían libres.

El tiempo lo dedicaban a la oración, tanto en grupo como en particular. El tercer día, convencidos de que iban a morir, se confesaron con los sacerdotes. En aquellos momentos el comité revolucionario, reunido en el pueblo, decidía matarlos. Uno de los jefes, que tenía especial relación con el párroco, se opuso a que matasen a los sacerdotes del pueblo. La sentencia se debía cumplir al día siguiente, pero los acontecimientos de la revolución les impidieron hacerlo, y tuvieron que retrasarla un día. Por la tarde dos dirigentes revolucionarios se presentaron para «interesarse por los prisioneros». En las preguntas indagaron si el cocinero de los Hermanos era también religioso o sólo un empleado.

El martirio.

El día 8 terminó y se acomodaron en el suelo para dormir, como las noches anteriores. Los Hermanos habían mantenido una serenidad que maravillaba a sus mismos vigilantes. A la 1 de la mañana entraron en su habitación dos dirigentes, que les mandaron salir para llevarlos al frente. Pero les hicieron dejar

todos los objetos que tenían. Los sacaron a la calle y se encontraron frente a un grupo de revolucionarios armados, que los apuntaban. Les ordenaron formar de dos en dos. Añadieron al grupo a otros dos detenidos, oficiales de carabineros de Oviedo. El jefe revolucionario, Silverio Castañón, les preguntó si sabían dónde iban. Un Hermano respondió: «Donde ustedes quieran. Estamos ya preparados para todo». «Pues van a morir», respondió el jefe. Dio la orden de marcha y todos comenzaron a caminar hacia el cementerio. Delante los dos carabineros, luego los Hermanos y al final el P. Inocencio. Detrás, el pelotón de ejecución.

La tarde anterior habían abierto en el cementerio una zanja de unos nueve metros de larga y bastante profunda. Los días precedentes había llovido. Aquella noche hacía bastante frío. Durante el trayecto no hablaron. Se preparaban para el sacrificio. En unos diez minutos llegaron a las puertas del cementerio, que estaban cerradas. El jefe envió a uno del pueblo a buscar al enterrador, que vino a los pocos minutos con la llave.

El jefe del pelotón dio orden a los Hermanos de avanzar y colocarse ante la fosa abierta. Frente a ellos el grupo de fusileros con sus armas apuntándoles. Se dio la orden de fuego. Hubo dos descargas y luego el jefe y su segundo los remataron con pistolas. Alguien con una maza remató al director, y con el golpe le separó la cabeza. Echados los cuerpos a la fosa, obligaron al enterrador a cubrirlos con tierra. El grupo de revolucionarios regresó al pueblo.

Los demás presos oyeron las ráfagas y supieron que el sacrificio se había consumado. Era la madrugada del 9 de octubre de 1934.

Testigos de Cristo.

Desde el primer momento todos consideraron a los Hermanos y al P. Inocencio como verdaderos mártires. La única razón por la que fueron asesinados era por ser religiosos. Estaba claro en las mentes de todos, incluso de sus mismos verdugos.

Los testimonios recogidos para el proceso no ofrecen duda alguna. El mismo jefe revolucionario, preso después de los acontecimientos, dijo en la cárcel que, cuando los llevaban al cementerio «iban muy recogidos y en oración, preparándose para el sacrificio» y que «se mostraron muy decididos y animados». Y un testigo presencial del fusilamiento, también desde la cárcel, dijo por escrito: «que no les oyó la menor queja ni palabra alguna, tanto en el trayecto de la casa del pueblo al cementerio, como durante su ejecución que fue con escopetas y rematados con pistolas». Su muerte..., dice él mismo, «fue obra de unos cuantos desalmados, pues el pueblo no hubiera consentido que asesinaran a los maestros de sus hijos, y por ello lo hicieron de noche y forzando a los que iban a ejecutarlos».

Los nombres de los mártires eran: H. Cirilo Beltrán (46 años), H. Marciano José (33), H. Julián Alfredo (31), H. Victorino Pío (29), H. Benjamín Julián (25), H. Augusto Andrés (24), H. Benito de Jesús (23), H. Aniceto Adolfo (22) y P. Inocencio de la Inmaculada (47). Los restos de los Hermanos fueron trasladados a Bujedo el 26 de febrero de 1935.

El Distrito de Valladolid ha publicado una amplia historia de los hechos y las biografías de los mártires, con rica documentación, en un libro titulado «Testigos de la Escuela Cristiana - Mártires de la revolución de Asturias», de 487 p. más índices, de la que es autor el H. Pedro Chico González. Valladolid, 1989.

H. José María Valladolid



Beatos Hermanos mártires de Asturias

Nació en Lerma, en la provincia de Burgos, el día 20 de marzo de 1888. Desde niño se mostró sereno, reflexivo, piadoso, tranquilo. Sus padres eran humildes trabajadores en la localidad. Con ellos aprendió austeridad y espíritu de sacrificio.

Ingresó en el Noviciado de los Hermanos, en Bujedo, el 12 de julio de 1905. Se manifestó esforzado y animoso durante los años de su formación religiosa y pedagógica. Y cuando terminó ésta, fue destinado a la Comunidad de Deusto, en Vizcaya, a donde llegó en 1909. Allí hizo su primera profesión religiosa el 31 de Agosto del mismo año. Luego fue enviado para ejercer el apostolado educativo al Asilo del Sdo. Corazón, de Madrid. En la misma Capital de España, trabajó después en la Escuela de Puente Vallecas y en la de Sta. Susana. Más tarde salió para Villagarcía, en la provincia de Badajoz. A continuación, en la de Sanlúcar de Barrameda, en Cádiz, hizo sus votos perpetuos, en agosto de 1916. Y después pasó a las comunidades de Isla y de Riotuerto, en las cercanías de Santander, como Director.

Recibió la designación de Director de la Escuela de Anaz y de Riotuerto. Y en 1925 se trasladó a la Escuela de S. José, llamada del Circulo Católico, en la capital santanderina, para ejercer también la labor directiva. Allí estuvo el período más fecundo de su vida apostólica. Con motivo de la secularización impuesta por las circunstancias políticas, pasó a dirigir la Escuela «Ntra. Sra. de Covadonga», en Turón. Pero antes había estado tres cursos dirigiendo la existente en Valladolid con el nombre de «Sda. Familia».

En Turón estuvo sólo un curso completo. Su labor callada y serena fue gran ayuda para los Hermanos en las difíciles jornadas que precedieron a la Revolución de 1934. Se granjeó el respeto de las familias y el aprecio de todos los que lo conocieron.

Era natural de El Pedregal, en la provincia de Guadaluajara. Vio la luz el 17 de noviembre de 1900. Con sus padres y hermanos, pertenecientes a una sencilla familia de labradores, aprendió de niño a trabajar con esfuerzo y a enfrentarse valientemente con las adversidades de la vida.

Ingresó en Bujedo el 12 de Noviembre de 1912, por influencia de su tío, el Hno. Gumersindo, que era enfermero de la casa y murió poco después con fama de santidad.

Una enfermedad en los oídos le disminuyó notablemente la audición, por lo que hubo de regresar al hogar de sus padres. Mas, insistiendo en sus deseos de consagrarse a Dios en la vida religiosa, fue readmitido con la condición de dedicarse a empleos manuales.

Permaneció en la laboriosa casa de Bujedo hasta el 28 de mayo de 1928, fecha en que fue destinado a Terán, en la Provincia de Santander. Más tarde trabajó en las Comunidades de Caborana (Asturias), Ntra. Sra. de Lourdes (Valladolid), Colunga (Asturias), Gallarta (Vizcaya) y Mieres (Asturias). En todas partes dio muestras de su espíritu de servicio y de su generosidad, a pesar de sus achaques corporales; pues, además de su sordera, padeció en los últimos años una afección molesta en la columna vertebral.

En Mieres estaba cuando aceptó con abnegación remplazar a un Hermano de Turón, que se hallaba turbado por las tensiones y reticencias ambientales. Esto sucedió en abril de 1934. Llevaba, pues, seis meses allí, cuando Dios le señaló para el supremo sacrificio. No quiso disimular su condición de religioso cuando los miembros del Comité revolucionario intentaron dilucidar si lo era. Unió su destino al de sus compañeros de Comunidad, a los que siempre había prestado sus servicios con simpatía y con bondad.

**BEATO HERMANO CIRILO BERTRÁN
(JOSÉ SANZ TEJEDOR), DIRECTOR**



**BEATO HERMANO MARCIANO JOSÉ
(FILOMENO LÓPEZ Y LÓPEZ)**



**BEATO HERMANO VICTORIANO PÍO
(CLAUDIO BERNABÉ CAÑO)**



Había nacido en San Millán de Lara, en la provincia de Burgos, el 7 de Julio de 1905. Sus padres, esforzados y cristianos labradores del lugar, le inculcaron desde los años infantiles las mejores virtudes de trabajo, nobleza y espíritu de servicio.

Ingresó en Bujedo el 26 de agosto de 1918. Sus cualidades fueron admirables desde los primeros años de su formación: gran sentido del orden, buena memoria, excelentes dotes artísticas, capacidad de superación ante el desánimo y una serenidad que llamaba la atención a sus compañeros.

Sus primeros votos tuvieron lugar el 3 de febrero de 1923. Y el 6 de enero de 1925 fue destinado al Colegio de Palencia, donde se distinguió, desde los primeros días, por el aprovechamiento del tiempo y por la total dedicación a sus alumnos. Pronto se encargó del coro colegial, que dirigía en tiempos extraescolares y que animaba con brillantez los actos religiosos y educativos del Colegio y en múltiples invitaciones que de fuera recibía.

En Enero de 1926 fue enviado a la Comunidad de la Sta. Espina, en la provincia de Valladolid, para cubrir una necesidad surgida allí. Pero recibió orden de regresar a Palencia al terminar el mismo curso. Allí hizo su profesión perpetua el 23 de agosto de 1930.

Fue de los pocos Hermanos que continuó en el Colegio, cuando la dispersión de 1933 obligó a todos a cambiar de lugar de residencia. Pero al año siguiente fue requerido por el Hno Visitador, unos días antes de comenzar el curso, para que se trasladara a Turón a fin de cubrir una vacante de último momento. Le sorprendió y le costó este cambio de lugar; pero aceptó con sencillez el inesperado sacrificio que se le pedía. Llevaba sólo 20 días en Turón, cuando Dios le reclamó un holocausto inmensamente superior.

**BEATO HERMANO JULIÁN ALFREDO
(VILFRIDO FERNÁNDEZ ZAPICO)**



Nació en Cifuentes de Rueda, en la provincia de León, el 24 de diciembre de 1903. Se manifestó desde niño delicado, recogido, silencioso y humilde. Los buenos consejos de sus padres, labradores, y la influencia de un tío, sacerdote y párroco de un pueblo cercano, con quien vivió algún tiempo a la muerte prematura de su madre, desarrollaron su piedad y le inclinaron hacia la vida religiosa desde muy joven.

Había ya cumplido los 22 años, cuando Dios le deparó el conocimiento de los Hermanos de las Escuelas Cristianas e ingresó en el Noviciado de Bujedo el 4 de febrero de 1926. Dio muestras de una seriedad y madurez tales, que llenaba de admiración a sus compañeros, más jóvenes que él. Sobre todo resaltaba su gozo por la vocación educadora que había encontrado y con la que se mostraba intensamente agradecido. Cuando hizo su primera profesión religiosa, el 15 de agosto de 1927, era un modelo de virtudes y de abnegación fraterna.

Su primer lugar de apostolado fue la Escuela de Caborana, en Asturias. Se dedicó con verdadera entrega a su labor docente. Y manifestaba un empeño singular en la preparación de los niños para la primera comunión, misión en la cual ponía un inmenso corazón.

En Septiembre de 1933, cuando hacía sólo tres años que trabajaba en Caborana, hubo de trasladarse a la Comunidad de Turón, en virtud de las circunstancias. Un año antes, el 28 de Agosto de 1932, había emitido sus votos perpetuos, con los cuales sellaba su entrega definitiva al Señor.

El curso que transcurrió en Turón no se diferenció en nada de su itinerario espiritual anterior. Sobresalía por su amor a la oración, por su delicada actitud de respeto y de obediencia y por su serenidad ante las dificultades. Cuando Dios le llamó para el sacrificio, se hallaba preparado admirablemente para responder sin vacilación y sin reservas.

**BEATO HERMANO BENJAMÍN JULIÁN
(VICENTE ALONSO ANDRÉS)**

Hombre noble, espontáneo, sencillo y cordial, había nacido en Jaramillo de la Fuente, en la provincia de Burgos, el 27 de octubre de 1908. Fue en su pequeño pueblo de sufridos labradores donde recibió la energía de carácter y la sinceridad de espíritu que tanto admiraron cuantos le conocieron.

El 17 de octubre de 1920 ingresó en Bujedo. Hubo que vencer las dificultades que le salieron al paso en los estudios, debidas a su falta de preparación inicial. La misma decisión manifestó en los avatares de su itinerario religioso; por ejemplo en el retraso de su primera profesión, que hizo el 16 de mayo de 1926, y la consiguiente prolongación del Noviciado; y en sus dificultades profesionales, cuando le costaba dominar a los alumnos en su primera escuela de Santiago de Compostela.

Cuando el 30 de agosto de 1933 hizo su Profesión Perpetua, con plena madurez y decisión, recogía el fruto de su tesón, de su generosidad en el trato con sus hermanos y con sus superiores.

En la Escuela de «La Inmaculada», de Santiago de Compostela, pasó seis años de su apostalado educativo. Se hizo querer y respetar siempre. Y, cuando en 1933 hubo de cambiar de lugar, tanto los alumnos como las familias se llenaron de pena y a toda costa querían impedirlo. Pero, con generosa disponibilidad, aunque con inmensa nostalgia, aceptó los hechos y se trasladó a Turón, a donde había sido destinado. Quienes pasaron por aquel lugar durante el año en que moró en él tan cordial compañero, nunca olvidarían su alegría, su hospitalidad y el optimismo que mostraba en sus comentarios y en sus juicios sobre la situación del momento y del lugar. Tanta sencillez y fortaleza sólo podía proceder de un corazón lleno de Dios, quien así lo eligió para su encuentro.



**BEATO HERMANO AUGUSTO ANDRÉS
(ROMÁN MARTÍNEZ FERNÁNDEZ)**

En la ciudad de Santander nació este niño decidido y agraciado el 6 de mayo de 1910. Su carácter siempre supo de amistad y de generosidad. Y su espíritu estuvo orientado a Dios desde los primeros momentos. Heredó de su padre, militar de profesión, la previsión y el orden. Y de su madre, piadosa y sencilla, la gentileza que tanto admiraban sus profesores, sus compañeros y después sus escolares. Fue alumno de la Escuela de S. José, del Círculo Católico de la Ciudad, que dirigían los Hermanos. En ella aprendió a estimar la vocación educadora de sus profesores. Y en ella surgió el deseo de imitar tan buenos ejemplos, a pesar de que su madre, que había pasado por el amargo trago de ver morir recientemente a su esposo, no terminaba de resignarse al alejamiento del hijo mayor y único varón de la familia. Mas una enfermedad del niño doblegó las resistencias maternas. Habiendo prometido durante ella consentir en los designios divinos, autorizó el ingreso del niño en Bujedo, a donde llegó el 8 de Agosto de 1922.

Su entrega al trabajo y su elegancia en la convivencia fueron admirables, tanto durante sus años infantiles como durante su tiempo de Noviciado. Con decisión hizo su primera profesión el 15 de Agosto de 1927; y con alegría recibió su primer destino apostólico, dirigiéndose hacia el Colegio «Ntra. Sra. de Lourdes», de Valladolid, al cual llegó el 24 de Agosto de 1929.

Su preparación de las clases, su entrega sin medida a los discípulos, su cordialidad en el trato con todos, llamaban la atención. Por eso todos lamentaron que tuviera que trasladarse a Palencia dos años después, para cumplir el servicio militar. Terminado éste, quedó incorporado a la Comunidad de aquel Colegio palentino, hasta que la dispersión de 1933 le llevó al que habría de ser su postrer destino, la comunidad de Turón. Su decisión y valor serían llamativos en los postreros momentos de su existencia, pues de él procedieron las pocas palabras que, según conocemos fueron dirigidas a sus verdugos. Fueron palabras llenas de entereza, y de aceptación del martirio de un corazón entregado a Dios.



mal y además solo, pidió que le llevaran de nuevo al calabozo, con su compañero. Días después pidieron que los trasladasen al barco-prisión Astoy Mendi.

Aquel día era el 4 de septiembre. Hecha su petición de traslado, se presentó allí uno de los jefes revolucionarios, llamado Garrido, con otros milicianos. Se llevó a los dos Hermanos en un auto fuera de la ciudad. Junto a un acantilado, a la orilla del mar, en el lugar llamado «La Garrofa» los hizo bajar. Poniéndoles la pistola al pecho, el jefe miliciano les comenzó a interrogar sobre sus implicaciones en el alzamiento militar, con continuas amenazas de tirarles por el acantilado. Con todas sus preguntas e indagaciones tanto él como sus compañeros quedaron bien convencidos de que las dos víctimas estaban totalmente ignorantes del asunto. Pero era lo mismo. Los hicieron subir al coche para llevarlos a la otra cárcel. En el camino los milicianos se detuvieron en un merendero de la carretera, llamado «Venta Eritaña», dejándolo de vigilante de los Hermanos al conductor del coche. Al poco tiempo llegó una camioneta con milicianos, y al saber que los dos presos eran religiosos, propusieron matarles allí mismo. No lo consintieron los primeros, alegando que estaban bajo su custodia. Así, el martirio se alejó de ellos por pocos días. Al llegar a la ciudad los condujeron a su nueva prisión, el barco «Astoy Mendi», donde encontraron a otros Hermanos, a sacerdotes y a numerosos católicos, también presos.

Sólo estuvieron allí cuatro días, porque el 8 de septiembre, a media tarde, los llamaron por su nombre. Esta vez los condujeron por la carretera de Roquetas de Mar. Llegados a un lugar solitario los hicieron bajar, se apartaron del camino y los mataron, dejando sus cuerpos abandonados. Algunas personas piadosas de las cercanías los dieron sepultura.

Los Hermanos Aurelio María, director del Colegio, y José Cecilio, habían sido detenidos en el colegio el día 22, según queda dicho, y después de estar unas horas en el Hotel Central, terminaron aquel día en la cárcel.

Cuatro días pasaron allí, y el 27 los dejaron salir para que terminaran los arreglos en el colegio nuevo. Pero sólo estuvieron libres dos días, pues el 29 los volvieron a detener y los llevaron a la Comisaría, donde estuvieron encerrados hasta el día 8 de agosto.

En esta fecha los separaron. Al H. José Cecilio le llevaron al convento de las Adoratrices, convertido en prisión; y al H. Aurelio le condujeron al puerto, al barco «Capitán Segarra», que hacía de prisión flotante.

Estuvo sólo tres días, pues al cabo de ellos, le llevaron también al convento-cárcel de las Adoratrices, juntándose de nuevo con el H. José Cecilio. Compartieron el encierro con otros muchos presos durante un mes, hasta el 12 de septiembre, en que los sacaron para ocupar la nueva cárcel, el propio colegio de los Hermanos. Llevaron también a otros muchos detenidos, procedentes de otros lugares. Pero los dos Hermanos sólo estuvieron unas horas encerrados, en su propia casa, pues aquella noche los «sacaron» para llevarles al martirio. En una camioneta los condujeron al lugar llamado «Venta de los Yesos», en el término de Tabernas, donde también había pozos sin agua, abandonados. Al borde de uno de ellos, el «Tahal», los mataron

de un tiro y echaron sus cadáveres dentro. Ni juicio, ni alegaciones... Eran reos de un crimen evidente: ser religiosos.

Los últimos días de Mons. Diego Ventaja Milán, obispo de Almería, y de D. Manuel Medina Olmos, obispo de Guadix, estuvieron unidos, y entrelazados con las últimas jornadas de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, presos con ellos.

En Almería, el 24 de julio, tres miembros del Comité revolucionario, armados, entraron en el palacio episcopal y ordenaron al obispo que lo abandonara, porque iban a instalar en él el Gobierno civil.

Le condujeron al cuartel de la Guardia de Asalto y le invitaron a dejar la diócesis, cosa que él rechazó. Monseñor Diego Ventaja tuvo que acogerse a la casa del Vicario General.

En Guadix, a D. Manuel Medina, el día 27, le prendió un grupo de gente que invadió el palacio. Le trataron muy mal: le quitaron el pectoral y el ceñidor, le rompieron la sotana y después de registrar toda la casa, a empujones, le metieron en un coche y se lo llevaron a Almería.

Aquella noche se pudo cobijar, junto a D. Diego Ventaja, en casa del Vicario General.

Intuyendo el peligro que corría la vida del Prelado de Almería, unos oficiales de la marina inglesa le visitaron y le volvieron a ofrecer la posibilidad de salir de Almería a bordo de su nave. El Obispo lo rechazó de nuevo, pues debía estar con su grey.

El 5 de agosto los milicianos condujeron a los dos Prelados a la Comisaría, llevándolos por la calle entre insultos y amenazas del gentío. El 12 de agosto, a las 11 de la noche, los trasladaron de la Comisaría a la cárcel instalada en el convento de las Adoratrices, donde estaban algunos Hermanos y sacerdotes. En un primer momento los tuvieron aislados, pero el día 25 los unieron a todos los demás presos, y les obligaron a dejar la sotana.

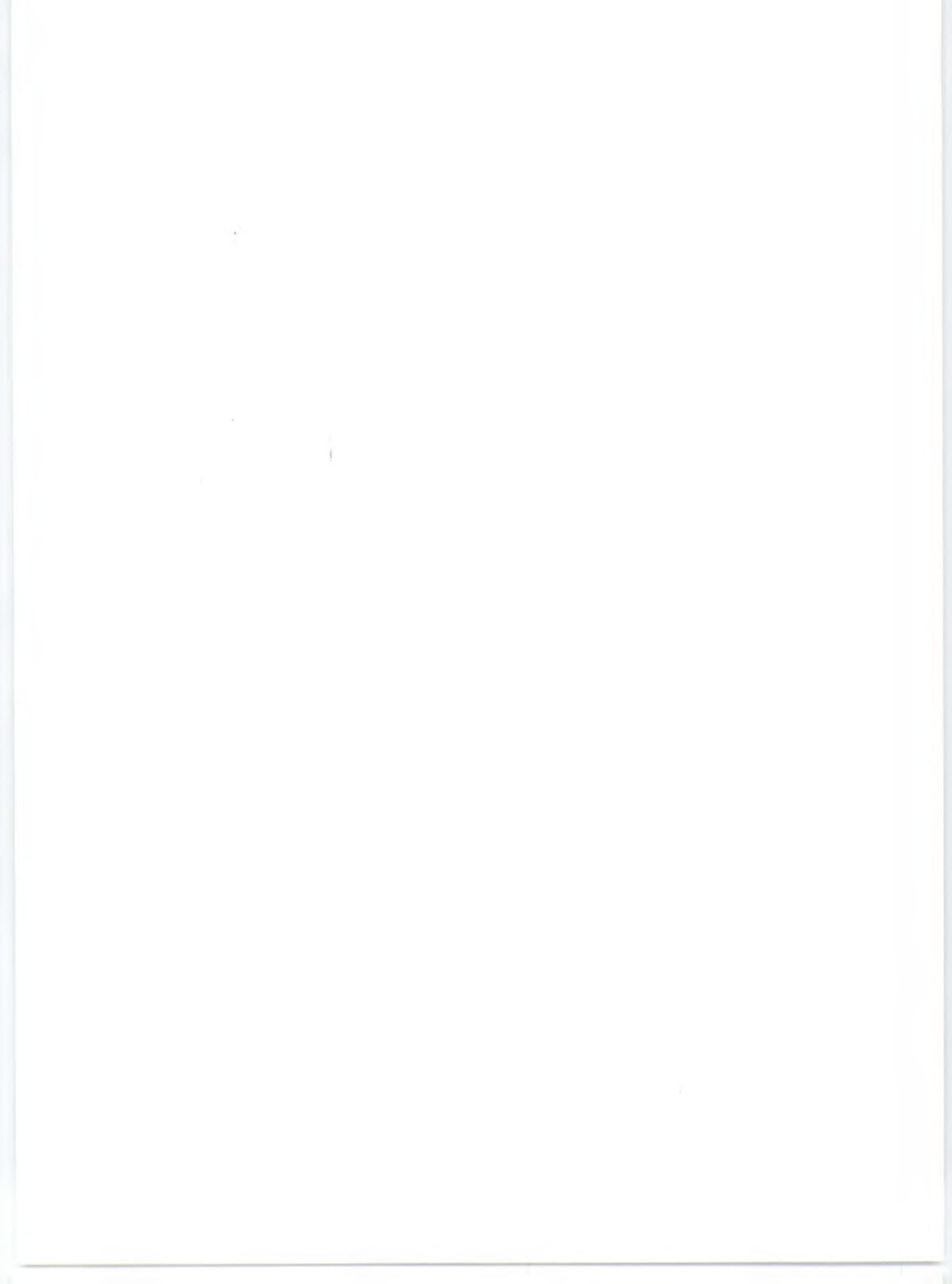
El 28 de agosto los trasladaron al barco prisión Astoy Mendi y el 29, para humillarlos, los llevaron al acorazado Jaime I, obligándoles a transportar bultos, a fregar la cubierta del barco, a cargar el carbón de la bodega y, luego, a servir la comida a la tropa, entre risas y burlas de los milicianos y marineros. Después los volvieron al Astoy Mendi.

Por fin, la noche del 29 al 30 de agosto, junto con otros 15 detenidos, los hicieron subir a una camioneta y los condujeron, por la carretera de Motril, hasta el lugar llamado «Barranco del Chisme», entre Félix y Vúcar, donde los hicieron bajar y los colocaron en hilera, para fusilarlos. D. Manuel pidió permiso para hablar y, según testimonio de uno de los verdugos, dijo: «No hemos hecho nada que merezca la muerte, pero yo os perdono para que el Señor también nos perdone. Que nuestra sangre sea la última que se derrame en Almería». El jefe le interrumpió y ordenó disparar.

Luego rociaron los 17 cuerpos con gasolina y los quemaron. Los restos calcinados estuvieron abandonados, y mucha gente fue a verlos, hasta que unos campesinos de los lugares cercanos los enterraron. Terminada la guerra, se procedió a la exhumación de los restos que quedaban y los trasladaron a la catedral de Almería.



Beatos Hermanos mártires de Almería



**HERMANO AURELIO MARÍA
(BIENVENIDO VILLALÓN ACEBRÓN)**

Nació en Zafra de Záncara, provincia y diócesis de Cuenca, el 22 de marzo de 1890, hijo de Cecilio y Marcelina. Fue bautizado en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción el 24 de marzo, y confirmado el 12 de mayo de 1895.

Habiendo perdido a sus padres, siendo muy pequeño, quedó a los cuidados de su hermano mayor, Eustasio, y de un tío.

Ingresó en el Noviciado Menor de Bujedo el 15 de mayo de 1903 y pasó al Noviciado el 19 de junio de 1906. Recibió el Hábito religioso y su nuevo nombre el 22 de agosto del mismo año. Emitió sus votos perpetuos en Madrid, el 24 de julio de 1918.

En 1908, realizados sus estudios, comenzó el apostolado en Lorca, el 1 de septiembre de 1908. Luego enseñó en Gijón (1910). De allí pasó al Colegio Nuestra Señora de las Maravillas, en Madrid, en 1915. Fue destinado a Melilla en 1927, como subdirector. En 1930, al volver del Segundo Noviciado de Lembecq, estuvo en Cádiz, San Miguel, como Director. Y finalmente, desde 1933, también como Director, en el colegio San José de Almería.

Murió mártir la noche del 12 de septiembre en el lugar llamado «Venta de los Yesos» y «Contraviesa», del término de Tabernas, junto con el H. José Cecilio, y su cuerpo fue arrojado a un pozo seco abandonado, llamado «Tahal».



«Era de muy buen carácter y un alma cándida. En el Colegio de Maravillas se acreditó como muy buen profesor y educador... El celo por la salvación de los alumnos se revelaba en sus catecismos y exhortaciones, en las prudentes revisiones de los objetos pertenecientes a los alumnos, evitando así la introducción en el Colegio, de impresos inmorales... Cuando supo el martirio de los Hermanos de Turón, escribió: «Qué dicha la nuestra si pudiéramos verter nuestra sangre por la Causa de la educación cristiana. Redoblemos nuestro fervor de educadores religiosos y así nos haremos dignos de tal honor».»

«Siempre le conceptué como un religioso de verdad, sincero, muy explícito en su actuación de buen religioso en Comunidad. Como profesor, muy celoso, reuniendo a la vez las virtudes de gravedad, modestia y humildad; con verdadero afecto religioso hacia sus alumnos. Muy abnegado con sus Hermanos de Comunidad, y muy piadoso, a la vez, dentro de la sencillez religiosa. Observante y cumplidor de sus votos y de las Reglas de su Congregación».

«Religioso prudente, que tomaba en serio la vocación, el cumplimiento de sus deberes religiosos y celoso del bien de las almas».

«Sobresalió en la urbanidad dintiguada con que trataba a cuantos le rodeaban».

«Bastaba verle rezar para sentirse animado a hacer lo mismo. Me llamó la atención el recogimiento que ponía en las oraciones del refectorio...»



Actual Colegio La Salle de Almería,
empleado como cárcel a partir
del 12 de septiembre de 1936.

**HERMANO JOSÉ CECILIO
(BONIFACIO RODRÍGUEZ GONZÁLEZ)**



Nació en La Molina de Ubierna, provincia y diócesis de Burgos, el 14 de mayo de 1885 y fue bautizado el mismo día en la parroquia de San Román Abad. Sus padres se llamaban Primitivo e Isabel. Fue confirmado en Burgos el 22 de mayo de 1886.

Cuando Bonifacio tenía 4 años, la familia se trasladó a Bilbao y así, más tarde, fue alumno de los Hermanos en la Escuela de Iturribide. Dos hermanos suyos mayores le precedieron en la vocación de Hermano. Ingresó en el Noviciado Menor de Bujedo el 4 de mayo de 1899. Pasó al Noviciado el 21 de octubre de 1901, donde recibió el Hábito y el nombre religioso el 21 de noviembre del mismo año. Hizo sus votos perpetuos en Gijón, el 12 de agosto de 1913.

Hechos sus estudios profesionales, ejerció el apostolado en Los Corrales (1903), Isla (1904), Deusto (1906), Bilbao (1907), Madrid, Maravillas (1908), Puebla de Trives (1910), Madrid, Sagrado Corazón (1922). En 1930 va como enfermero al colegio Maravillas, donde fue testigo y víctima del incendio perpetrado por los revolucionarios, que redujo el edificio a escombros. Pasó entonces al Sagrado Corazón y le encargaron de recuperar lo poco que se salvó del incendio y llevarlo a Griñón. En 1935 fue enviado a Almería para atender las obras del nuevo colegio.

Sufrió el martirio la noche del 12 de septiembre de 1936, en el lugar llamado «Venta de los Yesos» y «Contraviesa», del término de Tabernas, junto con su Hermano Director, Aurelio María. Su cuerpo fue arrojado a un pozo seco abandonado, llamado «Tahal».

«El Hermano José Cecilio era muy servicial y habilidoso en los trabajos manuales. Se entregaba de lleno a los ejercicios espirituales prescritos por las Reglas. Su celo lo manifestó en el esmero en dar las clases y en ocuparse con abnegación en los quehaceres de la Casa... No reparaba en fatigas por prestar servicio a sus Hermanos. Su amabilidad y buen humor admiraban a todos...».

«Fue siempre un religioso piadoso, obediente, abnegado con sus compañeros y desempeñando fielmente las diferentes ocupaciones que en las distintas Casas le dieron».

«Era de carácter ecuánime, cumplidor del deber, celoso en el apostolado, muy amigo de prestar servicios...».

«Se desvió de tal modo por los niños que le confiaron, que en poco tiempo se ganó la simpatía de todos ellos y de sus familias...».

**HERMANO EDMIGIO
(ISIDORO PRIMO RODRÍGUEZ)**



Nació en Adalia, provincia de Valladolid y diócesis de Palencia, el 4 de abril de 1881, hijo de Mariano y de Leandra. Fue bautizado el 10 de abril en la iglesia parroquial de Santa Eulalia y El Salvador, y confirmado el 2 de julio de 1893.

A los siete años quedó huérfano de padre, y su madre consiguió que ingresara en el internado de los Hermanos en La Santa Espina. Allí sintió la llamada de Dios para ser como sus maestros. Ingresó en el Noviciado de los Hermanos de Bujedo el 3 de agosto de 1898 y tomó el Hábito religioso el 8 de octubre, recibiendo en aquel momento el nombre de Hermano Edmigio. Hechos sus primeros votos, comenzó el Escolasticado el 9 de octubre de 1899. En 1906 obtuvo el título de maestro. Emitió la profesión perpetua el 11 de agosto de 1911.

Ejerció su ministerio apostólico en Cóbrecas, Santander (1901), de donde pasó a Madrid, primero al centro de Beneficencia (1903), luego al Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón (1906) y al Colegio Maravillas (1908). En 1915 fue destinado a Melilla, como encargado del último curso de Bachillerato. De allí fue trasladado en 1931 a Cuevas, y en 1933 al colegio San José, de Almería.

Sufrió el martirio la noche del 30 de agosto de 1936 junto al pozo «La Lagarta», de Tabernas, junto a los Hermanos Amalio y Valerio Bernardo.

«En la Santa Espina fue modelo para los demás alumnos. Después, en la vida religiosa, fue muy amigo del estudio, muy competente, excelente educador de la niñez y de la juventud: ejerció una influencia educacional extraordinaria».

«Fue religioso piadoso, prudente, muy trabajador, abnegado en todos los empleos que se le dieron en la enseñanza».

«Su piedad era manifiesta y sincera; muy a menudo, en los ratos libres, se le veía ir a visitar a Jesús Sacramentado y hacer el Viacrucis».